

La flexibilidad laboral en la industria electrónica en México

PABLO CASILLAS HERRERA*

Resumen

La flexibilidad laboral en México, desde los ochenta, con la reconversión industrial, un proyecto político del precandidato Alfredo del Mazo a la presidencia de la república por el PRI (Partido Revolucionario Institucional), ya se aplicaba, y la reforma laboral en la práctica era un rasgo común, que devino de aquella flexibilidad, producto de las políticas neoliberales mexicanas influidas por los organismos internacionales, principalmente por el Fondo Monetario internacional y el Banco Mundial, y con el amparo de la Organización Internacional de trabajo más tarde.

Un recorrido teórico de diversas concepciones de flexibilidad laboral con autores clásicos de la sociología y del mercado del trabajo nos permitirán analizar las diversas modalidades de aplicación de flexibilidad del trabajo en la organización del trabajo, en las relaciones laborales, en los procesos de producción, en la relación capital-trabajo y capital-trabajo-estado. Conceptos que nos permitirán observar que en la práctica la flexibilidad laboral en México, concretamente en la industria electrónica, ya era una práctica común y que su formalización requería sólo la reforma laboral jurídica, es decir el cambio de estatuto en la Ley Federal de Trabajo que se ha realizado en México en 2012, pues los *outsourcing* como organismos de contratación, en lugar de las empresas como patronas, ya existían e incluso de organización política no común, en lugar de los sindicatos, como *biopolítica* son formas de respuestas sorprendentes en la nueva configuración del sistema del trabajo. Estos son los precedentes de la reforma laboral que ya existían en México y que su regulación jurídica era “normalizar” una relación que en algunos sectores de la producción se ha venido aplicando en México, hoy la reforma laboral es eso, una extensión que afectará a todo el ámbito laboral, que tratará de rescatar el *biopoder*, el deseo y el encanto del *know how* del obrero en el ámbito total de la producción, circulación, consumo y diseño de los productos, características que la segunda revolución industrial, con el Organización Científica del Trabajo con Taylor, a principios del siglo XX, le fueron escamoteadas y que hoy, con la tercera revolución industrial, la tecnológica, a mediados del siglo XX, le son devueltas en forma de flexibilidad laboral con el propósito de controlar, regular la fuerza de trabajo y de incrementar la productividad, de lograr aumentar los índices de reproducción del capital de la ganancia. De ahí la empresa posmoderna,

* Profesor-Investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos (DEILA), de la Universidad de Guadalajara. Dr., en Ciencias Sociales con Especialidad en Relaciones de Poder y Cultura Política por la Universidad Autónoma Metropolitana, México. Presidente de la Red Continental de Pensamiento Latinoamericano. CE: pacahe_2000@yahoo.com

donde el punto central es el trabajo, el capital y el Estado, es decir, como niveles analíticos: el trabajo con el obrero y sus relaciones laborales con la empresa y el Estado; el capital como empresa en la organización laboral; y el Estado en la relación capital-trabajo. Este complejo sistema de flexibilidad laboral, en algunas de sus formas que se aplican en México, es lo que se pretende prefigurar en el siguiente trabajo.

INTRODUCCIÓN

Analizar la transformación del aparato de poder de una forma social moderna a otra en emergencia, la posmoderna, como proceso de construcción de las subjetividades de los sujetos, con el propósito de comprender los medios y las fuerzas que producen esa realidad social, así como las subjetividades que la animan. Es un cambio paradigmático,¹ que nos remite a replantearnos los procesos² constitutivos.

La moderna sociedad disciplinaria, la de los Estados-nación, es aquella que en la dominación social se construye a través de una red difusa de aparato ideológico y *dispositivos* que producen y regulan las costumbres, las conductas, las mentalidades y las prácticas productivas de los hombres. El objetivo de hacer trabajar a esta sociedad y de asegurar la obediencia, su dominio y sus mecanismos de inclusión-exclusión, se logra mediante la acción de las instituciones disciplinarias →la prisión, la fábrica, la universidad, la escuela, la familia, los organismos internacionales (BM, FMI, OMC, etcétera)→ que “estructuran” el terreno social y presentan las lógicas adecuadas a la “razón” de la disciplina. Este núcleo de reflexión política que nos brinda Foucault (1987; 1992) para entender las estructuras de poder en los Estados modernos, nos permite percibir que no son las instituciones, como se piensa frecuentemente, sino es el sujeto social que se convierte en “objeto” de control a través de las instituciones y de las estrategias como mecanismos de control. De esta manera, el poder disciplinario mediante los dispositivos políticos gobierna estructurando parámetros y límites del pensamiento y de las prácticas de los sujetos, sancionando y prescribiendo las conductas que considera, a través

de su razón instrumental, normal y/o desviada.

Podríamos decir, entonces, que este paradigma de poder, de la sociedad del control, es el que se lleva a cabo en la fase moderna capitalista que se extiende a la posmodernidad, es decir, hasta la internacionalización de capital: globalización y regionalización de la economía mundial, en una nueva forma de poder, la biopolítica. Es decir, donde el poder adquiere su dimensión histórica al integrarse a prácticas determinadas.

De esta manera, para comprender el paso de una noción de Estado-nación, moderno, a otra de “Estado global”, posmoderno, hay que tener en cuenta en qué medida el contexto biopolítico constituye el dispositivo progresivo para la acumulación capitalista: “El control de la sociedad sobre los individuos no se ejerce solamente a través de la conciencia o la ideología, también se ejerce en el cuerpo y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, lo más importante es la biopolítica, lo biológico, lo somático, lo corporal” (Foucault, 1997). Esta posmodernidad se inaugura, entonces, mediante la multiplicación de saberes que generaron esos dispositivos, reactivados a su vez por instancias jurídicas, pedagógicas, militares y por necesidades económicas y de salud, que el Estado reestructurado o “neoliberal” se ha apropiado progresivamente en la forma de biopoder. La cuestión central, entonces, es situar el problema de la nueva forma de poder, la posmoderna, que permanece como control social a través una biopolítica,³ es decir como dispositivo y aparato que produce y regula lo biológico, lo somático, lo corporal y lo cultural, de las subjetividades de los sujetos, mediante las instituciones globales.

Así, para el análisis de los procesos de construcción de las subjetividades de los sujetos, se considera la inmanencia de la expansión del capitalismo y sus diferentes modalidades, a través de las contemporáneas transformaciones del trabajo productivo y su tendencia a hacerse cada vez menos material, modelando las nuevas formas de control.

En el horizonte biopolítico posmoderno del capital se encuentran, entonces, la labor comunicativa de la pro-

1 En una primera aproximación podríamos considerar al paradigma, desde su genealogía, que se define, inicialmente, como el cambio de la realidad. En esta perspectiva Kelsen se pregunta: “¿Qué poder político existe ya o puede crearse que sea adecuado para una globalización de las relaciones económicas y sociales?” (Kelsen, 1985).

2 Por proceso, en la concepción de Elías, lo entiendo como una transformación del comportamiento y sensibilidades sociales y humanas en direcciones indeterminadas (Zemelman, 1991) mediante sus prácticas, es decir en un cambio sociogenético y psicogenético (Elías, 1994).

3 Esta biopolítica, concebida por la globalización neoliberal, es diferente conceptualmente a la concebida por los sujetos, diferenciación que iremos observando. La globalización instrumenta la biopolítica como estrategia y mecanismo de poder sobre los sujetos, ello puede apreciarse en “Aprender y formarse para trabajar en sociedad del conocimiento” (OIT, 2002), a diferencia de la biopolítica para los sujetos que la concibe, también como dimensión de poder pero para transformar su realidad.

ducción industrial que recientemente ha llegado a vincularse a través de redes informativas, la interacción de los análisis simbólicos de las prácticas sociales como formas de poder, la producción y manipulación de los afectos. Éstos, que se encuentran en la productividad de lo corporal, lo somático y la seducción, constituyen un referente analítico importante en la trama contemporánea de la producción biopolítica para la globalización neoliberal. El poder disciplinario ilustra muy bien la manera en que se entabla una nueva “física del poder” sobre el cuerpo y su sensibilidad, su capacidad de seducción, en la llamada sociedad del conocimiento de la posmodernidad (OIT, 2002), basadas en las habilidades cognitivas, necesarias en el proceso de individualización. Este dispositivo se encuentra en la anatomía política del detalle (Foucault, 1992), pues regula el cuerpo en su dimensión motora, gestual y cognitiva.

En este sentido los sujetos se convierten en multifuncionales y multiespaciales. En sujetos híbridos, entre una economía política moderna del cuerpo y una política posmoderna del consumo de las subjetividades sociales. Es un dispositivo inaugural de la nueva división internacional del trabajo, basada en la biopolítica, donde es considerado el sujeto como unidad homogénea e indiferenciada, como fuerza de trabajo inmaterial, con capacidades comunicativas, cooperativas y de producción y reproducción de afectos. Donde los sujetos se convierten en sujetos globales para el capital (García Canclini, 2000; Castells, 2001, Vol. 1: 229-358)

Estamos presenciando, entonces, una Sociología del trabajo inmaterial, donde el nuevo “objeto de estudio” es la consideración del sujeto con subjetividad, es decir el sujeto constituido en sí mismo, bajo sus propias potencialidades subjetivas, corpóreas y seductoras. Este cambio de naturaleza social del trabajo, ontológicamente, lo convierte, sin embargo, en el mecanismo de control biopolítico en los nuevos procesos de producción y gerenciales neoliberales.

1. VIRTUALIDAD BIOPOLÍTICA

a) La construcción social del deseo y del encanto en el empleo.

¿Es posible la construcción social del deseo en la virtualidad biopolítica? La engañosa idea de que el mercado capitalista y el sistema capitalista de producción son eternos e insuperables determina estructuralmente las condiciones sociales de los sujetos. Las diversas posiciones teóricas que no ven ninguna otra alternativa a la forma actual de dominio truncan la posibilidad de realización de ser del sujeto. Desde esta perspectiva ideológica, el sufrimiento de la existencia no puede llegar a articu-

larse conscientemente y establecer un punto de vista de transformación. La posición determinista del mercado no conduce más que a una actitud perversa y a prácticas paralizantes. El hecho es que esta posición no logra captar el espectro primario del orden biopolítico: el de su reproductividad. No puede interpretar los poderes virtuales de la multitud que tienden constantemente a hacerse posibles y reales, perdiendo, por lo tanto, el hilo de la productividad fundamental del ser. Es sólo a través de la virtualidad biopolítica, enriquecida por los procesos singulares y creativos de la producción de subjetividad, que podemos responder a la pregunta antes planteada. Sin embargo, ¿cómo lograr la ruptura y la innovación en el horizonte absoluto en el que estamos inmersos, en un mundo moderno en el que los valores parecen haberse ahogado en un vacío de significación y de falta de toda medida? No bastaría hacer una descripción del deseo y sus excesos en la dimensión metafísica, si no se recurre a la generación del deseo y, por ende, a su productividad. En efecto, la absoluta mezcla de lo político, lo social, lo económico y lo cultural en la constitución del presente revela el espacio biopolítico que explica la capacidad del deseo para hacer frente a la crisis que se generó entre la modernidad y la posmodernidad. Lo biopolítico, entonces, observado desde el punto de vista del deseo, no sería otra cosa que la producción concreta, la colectividad humana en acción. El deseo aparecería, en consecuencia, como espacio productivo, como la concreción de la cooperación humana en la construcción de la historia comprendida en la estela de su propia historicidad. Esta comprensión sería entonces la reproducción social del deseo, el poder de generación de la multitud.

La coincidencia de la producción y reproducción social, económica y política, desde una perspectiva de ontología política, tiende a articularse en una unidad analítica como categoría concreta. De esta manera, el mundo biopolítico es un entrelazamiento inagotable de acciones generadoras, a través de la voluntad de los sujetos, y ninguna ontología, salvo alguna metafísica, puede reducir los sujetos a la individualidad, como tampoco ninguna antropología, salvo la patológica, puede definir a los sujetos como fuerza negativa. Esta definición obliga a la teoría política a replantear su “objeto de estudio”, la forma de acercarse y de apropiárselo, asimismo a criticar su posicionamiento positivista, es decir, a redefinirse radicalmente mirando otros senderos luminosos situados en el espacio biopolítico, donde ya no se emplee el miedo, según proponía Hobbes, como el motor exclusivo de la constitución contractual de la política, negando así el amor de los sujetos, es decir la subjetividad. Si hoy se emplearan aquellas estrategias modernas fundadoras de la soberanía, como hemos visto a lo largo de la tesis, con las oposiciones que determinan, simplemente no cabría

la generación biopolítica. Para que la generación biopolítica tenga lugar, lo político tiene que rendirse al amor, al deseo y al encanto, lo cual significa rendirse a las fuerzas fundamentales de la producción biopolítica. Lo político no es lo que hoy nos enseña el maquiavelismo perverso –en el sentido de la lectura que le han dado los políticos de oficio en su beneficio–, antes bien, es lo que nos dice el Maquiavelo de la República: el poder de generación, deseo y amor (Pocock, 2002: 42-50). En este sentido, lo político encarna la subjetividad.

Es en la externalidad subjetiva que los sujetos muestran en el espacio laboral su concepción del tiempo,⁴ en otro futuro –opuesto a la biopolítica neoliberal– y otro mundo. Al apostar por un determinado proyecto de “futuro”, también lo hacen por un determinado “mundo”, entre varios posibles: es el deseo firme de ser y construir su subjetividad en la perspectiva de una visión de mundo diferente, en el sentido de un anhelo de habitar “otro mundo” distinto y menor al que les ofrecen sus respectivos contextos de interacción, marginación y ruralismo, fuera de la realización de sus necesidades materiales y subjetivas. Donde se conjugan el pasado, el presente y el futuro, determinantes para comprender las emociones, las expectativas y los deseos de los sujetos, que pernean los procesos laborales, ya sea a través de las formas de reclutamiento o contratación laboral.

Los proyectos biográficos laborales⁵ de los sujetos se nutren de las interpretaciones y condiciones que son resultado de su pasado, pero la expectativa de futuro está modelada por los deseos, de remontar el presente mal logrado. Pero ¿cuáles son las motivaciones, expectativas, deseos y sueños que influyen para buscar un horizonte mejor? Los sujetos apuestan a un futuro específico, desean ingresar a un mundo específico. Esta es la razón por la que la expectativa de tal o cual futuro constituye un elemento cuando menos importante como el pasado, donde la dinámica de apuestas y expectativas de los sujetos, aporta elementos importantes para comprender las lógicas involucradas en los procesos sociales, en el mercado de trabajo y en la producción. Las nociones de futuro, implícitas en las aspiraciones de los sujetos, en los deseos por otro mundo y del trabajo, que constituya

lo biopolítico, sin medidas econométricas modernas, no son los que tienen incidencia a través de los mecanismos de control que operan en los mercados financieros: “un número significativo y creciente de transacciones financieras que se basan en realizar un valor por la captura del tiempo futuro en las transacciones presentes, como es el caso de futuros, opciones y otros mercados de derivados. El tiempo crea el dinero, ya que todo el mundo apuesta con el dinero el futuro previsto en las proyecciones informáticas. Estas evoluciones futuras se ven afectadas por su mismo proceso de comercialización, así que el marco temporal del capital se disuelve constantemente en su manipulación presente tras habersele otorgado un valor ficticio con el fin de monetizarlo. Por lo tanto, el capital no sólo comprime el tiempo sino lo absorbe y vive de él –esto es, generando renta–, de sus segundos y años digeridos” (Castells, 2001, Vol. I. 469-470). El “tiempo” virtual financiero crea expectativas virtuales de trabajo, mercado de trabajo fugaz,⁶ idílico que entra en disonancia con el tiempo socialmente necesario del sujeto, en oposición a los determinados proyectos sociales futuros.⁷

Los “tiempos modernos”, como Charles Chaplin nos reflejaba en su película “Modern times”, condensan y cubren sueños individuales y representaciones colectivas. El empleo, cuando menos en la industria electrónica transnacional, posee un particular “encanto” y su actividad industrial es considerado como una de las más avanzadas tecnologías, que sitúan a los sujetos en una noción del tiempo tecnológico diferente al tiempo social del trabajo. La contemporaneidad, la aceleración, la instantaneidad y, especialmente, el sentido de la evolución de una civilización posmoderna contienen estelas sociales modernas, presentes y bien definidas, las cuales constituyen la contradicción de la globalización neoliberal. “Los tiempos modernos son los últimos, finalmente cumplidos, aquellos que en alguna ocasión se profetizan como los ‘novísimos’, más allá de los que no hay, ya que reúnen en su instantaneidad lo mejor y lo definitivo, toda acción, cualquier suceso asume su valor, su cualidad hoy apreciable, por la rapidez de su desarrollo y el espacio,

4 Cuando sus subjetividades han sido excluidas en la modernidad y son utilizadas en la posmodernidad.

5 Noción que refiere Pries como “las ideas y nociones de normalidad de la secuencia temporal y material de las diferentes fases de vida (por ejemplo niñez en la familia de origen, formación, trabajo, fundación de la familia propia, obtención de casa propia, jubilación, etcétera) y las prácticas y los planes de vida correspondientes de los actores” (Pries, 1997: 152).

6 Castells denomina a este tiempo eterno-efímero, como el “tiempo atemporal (que) es sólo la forma emergente dominante del tiempo social en la sociedad red, al igual que el espacio de los flujos”. Precisamente, mi argumento es que se ejerce el dominio social mediante la inclusión y la exclusión selectiva de funciones y gente en marcos temporales y espaciales diferentes (Castells, 2001, Vol. 468)

7 Esto se explica en las asimetrías del mercado por la demanda de fuerza de trabajo para ciertas ramas de la producción, por ejemplo la industria electrónica, donde la demanda de fuerza de trabajo femenina tiene una noción del tiempo distinta a la fuerza de trabajo masculina.

reducido a distancia que hay que superar, está completamente eliminado en su forma de impedimento, gracias, precisamente, a la aceleración, esto es, a la concentración de cualquier proceso en el instante de la contemporaneidad” (Toesca, 1998: 359-360). De esta manera, los tiempos modernos emergen como los “tiempos marginados”, que constituyen una reivindicación del cambio y de la evolución de la “civilización europea”, “las ideas de la Ilustración” primero y un siglo más tarde el positivismo, tradujeron otra percepción del tiempo futuro, donde la visión pesimista del pensamiento clásico se sustituyó por una visión optimista y esperanzada del porvenir. El futuro sería a partir de entonces el depositario de una civilización que triunfaba sobre la barbarie primitiva. En esta perspectiva el transcurso del tiempo no sólo supone una evolución, sino que debe ser portador de un cambio radical. Son los “tiempos modernos” que reivindica toda Revolución. La noción de tiempo y la de cambio se vuelven inseparables (Ainsa, 1998: 47). La victoria y la esperanza de los tiempos modernos se encuentran fundadas en el futuro, en un futuro biopolítico, que entraña el deseo que no es otra cosa que la producción concreta de los sujetos en acción. El deseo que aparece en el presente vinculado al futuro, de lo contrario no tendría sentido para el sujeto y no formaría parte de su visión del mundo en la construcción de la historia, en una perspectiva ontológica que tiende a superponerse al orden moderno, con anclas en la “premodernidad”, pues las teorías que armaron el teatro social están fundadas en una galería de lo no moderno y de las no modernidades, en lo feudal, lo tradicional, lo primitivo, lo tribal, lo “atrasado”, lo “subdesarrollado” y lo “premoderno”. Que no son “cajas vacías” como dice Pratt (1999: 60), sino de resonancia que constituyeron y constituyen una colonialidad del poder, en la modernidad y en la posmodernidad.

El manto del mito lo encontramos en la idea de la modernidad, donde el significado del trabajo encuentra su encanto al atribuirle significados de desarrollo y progreso, con virtudes puestas en la tecnología cibernética. Pero la oscuridad del mito nos pone en condiciones de acoger su contenido disfrazado y de gozar de ella mediante la imaginación sin tomar, sin embargo, conciencia bastante clara para que se ponga en evidencia semejante contradicción. Así, se encuentran protegidas de la crítica ciertas realidades humanas que sentimos o presentimos como fundamentales: “el mito expresó estas realidades en la medida en que nuestro instinto lo exige, pero las vela también en la medida en que la luz del día o la razón las amenazan”, nos dice Rougemont (Rougemont, 1993: 21). ¿Pero cuál es el proceso mediante el cual los mitos se filtran en nuestras conciencias y operan desde esa oscuridad? El mecanismo se asemeja al proceso que sufre el encanto en el trabajo “posmoderno”, en el de la “flexibilidad

laboral”, y que a través de ciertas estrategias operatorias organizacionales, de autogestión, donde aparentemente se regresan al obrero en la toma de decisiones, van permeando las conciencias y adquiriendo nociones nuevas de aceptación y de convencimiento, como es el caso de concebir al obrero como sujeto nuevo, con capacidades de potencialidad subjetivas en el trabajo, en un obrero polivalente, que posibiliten, por el contrario, la productividad y la calidad en la producción. El encanto del trabajo posmoderno también se encuentra en el deseo; deseo que se encarna en las necesidades materiales y subjetivas de los sujetos, como sucede en las industrias consideradas de “vanguardia”, ya sea por el prestigio de la industria, o por ser “altamente calificada”. Que el significado del trabajo social para el sujeto no sería el mismo en una fábrica textil o de calzado, que en una fábrica transnacional de manufactura de computadoras. El significado se encuentra en la distancia que hay entre estas empresas, desde las formas de operación, contratación, capacitación, las dimensiones de las instalaciones, las condiciones de los lugares de trabajo, los productos finales y las diferencias entre uno y otro empleo. El encanto se encuentra en la seducción de la fábrica posmoderna, en la imagen que impresiona a los aspirantes, obreros y visitantes. Una imagen de reputación y “liderazgo que las empresas transnacionales son el vínculo con la globalización, cuyo significado significa neoliberalismo, es decir, el acceso a un nuevo estilo de vida, mistificado, ese es el pasaje significativo de la fábrica posmoderna”. La “fama” y seducción que las empresas transnacionales tienden a través de los dispositivos de control del trabajo, a través de diversos elementos involucrados alrededor de los empleos asociados a una imagen de posmodernidad. Las fábricas tienen una existencia objetiva (material) y subjetiva (de significados) en tanto que estructuran dimensiones culturales del trabajo y de la vida, como es el caso específico de los empleos en corporativos transnacionales de la industria electrónica e informática, donde podemos observar cómo existe un traslape entre algunos de los elementos de los “tiempos modernos” y los tiempos posmodernos en el mercado de trabajo. Los sujetos enfrentan la necesidad imperiosa de un empleo que se encuentra en la cuna de la “posmodernidad”, refiriéndonos a la Industria de Exportación Transnacional (IET), con diáfanos cristales, asepsia inmaculada y tecnología de punta; el control y la calidad es requisito ya indispensable en las exigencias de los obreros con experiencia, pues constituye para ellos el otro mundo, el deseo de su proyecto de futuro, el deseo firme de ser y construir su subjetividad en la perspectiva de una visión de mundo, de un mundo posible, de un sentido que se apropian y habitan, que, sin embargo, cuentan con sus propias normas y reglas, tanto jurídicas como simbólicas, que forman parte de la cultura del trabajo, que se resisten y asumen, es la contradicción per-

manente de ser y no querer ser del obrero. La génesis se da entre el proceso de reclutamiento-contratación-experiencia, experiencia-contratación, que juega el sentido de su doble vida,⁸ es decir, la empresa juega a vender “un futuro” y los obreros apuestan a entrar al pasaje alucinante del mundo globalizado, en busca de ese otro “futuro”. El velo de los tiempos posmodernos anclados en condiciones salariales en los tiempos modernos está cimentando la esperanza de los sueños individuales y las representaciones colectivas depositadas en los empleos de la IET. La contradicción entre lo moderno y lo posmoderno es fundamental para entender cómo se construye el deseo y el encanto de los obreros por el empleo en la IET, pero el énfasis que se encuentra en la seducción del trabajo es la formación del “tipo ideal”, que encierra una influencia en las decisiones acerca de la elección de un empleo y de la reproducción de procesos de exclusión y diferenciación social.

Tales procesos de exclusión y diferenciación del deseo y del encanto de los sujetos los encontramos también en teorías del mercado dual y de la segmentación del trabajo, que han sido aparatos ideológicos que han impulsado e influenciado, por ejemplo, en los estudios del trabajo de las obreras, donde se observa que no se ha desarrollado explícitamente una perspectiva de género, y menos del deseo y del encanto, en sus planteamientos originales. En general, los postulados teóricos de la segmentación (institucionalistas y radicales) sostienen que las diferencias de sexo, raza o edad, son categorías que aunque no han sido creadas por el empresariado, sí han sido reforzadas para estabilizar y legitimar la estructura económica. “Los empresarios son conscientes de que pueden explotar los antagonismos sociales existentes. La presencia de segmentos en el mercado obedecía a las estrategias pero, a su vez, los comportamientos de los trabajadores determinarían quienes ocupan cada tipo de trabajo”. Surge así la dualidad, lo que Piore llamó *happy coincidence* (Bornerias, 1974: 70). Sin embargo, uno de los aportes de la teoría del dualismo en el mercado de trabajo, para el caso del trabajo de las mujeres, es el de describir la relación entre las condiciones estructurales del mercado de trabajo, las jerarquías y diferencias sociales. Empero, las críticas a esta perspectiva coinciden en apuntar la neutralidad sexual de sus presupuestos, además de que lo que explica es la base por la que se crean tales jerarquías. Describir la

discriminación y estereotiparla no contribuye a explicar las causas. Los estereotipos, tanto femeninos como masculinos, son determinantes en la explicación de la concentración de mujeres en determinadas actividades y de hombres en otras. De igual forma también es importante en la búsqueda de explicaciones de desigualdades sociales de oportunidades que tienen las mujeres para acceder a puestos de poder.

El estereotipo de los tiempos modernos que define a las obreras como pacientes, detallistas, emocionales y serviciales, permite que se les considere apropiadas para trabajos rutinarios de sutilezas, en los que es importante la habilidad manual y la delicadeza, más que como sujetos sociales con capacidades de deseo, creatividad y sensibilidad. La propia dominación del trabajo moderno y posmoderno se encuentra fuertemente sexuada y esto contribuye a reproducir implícitamente la asociación entre ciertas tareas y determinado sexo (Guzmán, 1988). Observamos, en la IET que se plantean, como uno de sus principales objetivos, el valorar el impacto que las nuevas tecnologías y los cambios en la organización del trabajo tienen en la vida laboral de las obreras. Una de las preguntas centrales es si los cambios tecnológicos y organizacionales van a transformar positivamente las condiciones laborales de las obreras, o si, por el contrario, sólo contribuyen a recrudescer en mayor grado la segregación ocupacional, la precariedad laboral y la jerarquización del género. Los resultados apuntan a confirmar la segunda apreciación, los procesos de reestructuración han derivado en una constante jerarquización y precarización de las condiciones laborales que se ven reflejadas en el fortalecimiento de diferencias entre obreros y obreras en cuanto a salarios, educación, escalafón y contratación (Hirata, 1995; Roldán, 1995; Lara 1997). Como parte integral de la cultura del trabajo constituyen los estereotipos de género en las fábricas posmodernas. En resumen, las obreras están frente a un amplio número de empleos pero en condiciones laborales discriminatorias, marginales, que no les permiten acceder a mejores salarios, puestos de mayor jerarquía y prestaciones. Este escenario arrastra claramente la estela desde la modernidad capitalista, (¿o pre?), como funcionamiento de la estructura de la posmodernidad laboral, específicamente en la organización espacial del trabajo; las jerarquías de los salarios, la promoción y el estatus, así como la concentración de obreras en determinados tipos de empleos y en ciertos sectores del mercado de trabajo, que terminaran, a la postre, por constituir una fuerza de trabajo sexualmente escindida. Los supuestos que estructuraron la modernidad, la discriminación y la segregación, daban la impresión de ser el producto de los modelos de empleo femenino, idóneo para las fábricas posmodernas (Scout, 1993:118).⁹ Pero enton-

8 El concepto de “doble vida” ha sido aplicado para describir relaciones clientelares entre comunidades e instituciones: “se presentan relaciones clientelares impulsadas por el agente externo, pero también los agentes locales establecen tales relaciones hacia los agentes externos buscando favorecer intereses personales y colectivos” (Palafox, 1996: 20)

9 Considerando que las obreras eran una fuerza de trabajo más barata y aunque menos productiva que los obreros, el de que sólo eran las obre-

ces, ¿cómo explicar el deseo y el encanto que los obreros, específicamente las obreras, tienen por los empleos en la IET? He señalado que las necesidades económicas y la contracción de empleos, producto de la reestructuración del capital en su forma de reestructuración regional, han reconvertido el mercado laboral, y en esta reconversión se ha dado la introducción masiva de las obreras al mercado del trabajo como sujetos potenciales con habilidades subjetivas para la producción, aparte de los sentidos de aspiración y del deseo de ascenso de “estatus” como se encuentran en los obreros.

La noción de estilo de consumo, como “imagen”, que la empresa vende y se convierte en objeto de demanda por el mercado de trabajo, resulta sugerente para el análisis del deseo y del encanto en los empleos. Bourdieu recupera la importancia de los gustos de consumo en diferentes estratos y grupos sociales, llegando a la conclusión de que los gustos –tales como la comida, las prácticas de ocio, la estética del cuerpo, las manifestaciones de arte y los empleos–, se explican no solamente por los ingresos económicos, sino por los diferentes *habitus*¹⁰ que marcan las pautas en el consumo, como hemos visto en el anterior capítulo. Sin embargo, la noción de estilo de consumo en los debates contemporáneos plantea algunos rasgos polémicos en sus acepciones. Incluso para algunas autoras como Nava es necesaria una revaloración del concepto, debido a su descrédito y ausencia de “teoría social y política”, “el consumo como tema de estudio, nos dice, ha sido por varias razones, primero que nada por la hegemonía de la teoría política y económica y su énfasis en la producción; segundo, por el aprecio sociocultural de la ‘alta cultura’ y el desdén por el comercio; y, finalmente, tal vez lo más significativo, por la asociación del consumo con las mujeres” (Nava, 2000: 162). La conclusión a la que llega la autora es que las prácticas de consumo han sido ignoradas del análisis social y con ello se han minimizado sus implicaciones en cuanto a su potencialidad política, como ejemplo menciona los movimientos organizados de consumidores en oposición a productos y

ras para el trabajo en ciertos períodos de la vida (cuando eran jóvenes y solteras), y el de que sólo eran idóneas para ciertos tipos de trabajo (no cualificadas, eventuales y de servicio).

10 Se definen las categorías de percepción, apreciación y acción, que constituyen un programa social que se presenta bajo la concordancia entre las estructuras objetivas y cognitivas. Hablar de *habitus* es hablar de esos sujetos que ponen en marcha formas globales, esquemas generadores que, contra la alternativa en que pretenden encerrados tanto el mecanismo como el intelectualismo, no son una suma de reflejos locales mecánicamente agregados, ni el producto coherente de un cálculo racional (Bourdieu, 1990).

modos de comercialización global no éticos. Lo anterior tiene ciertas implicaciones no sólo políticas sino también epistemológicas, eso lo perciben muy bien Adorno y Horkheimer: en la industria de la cultura y la anti-Ilustración operaban con criterios estéticos modernistas y elitistas, despreciando la cultura de masas y a la multitud como consumidora, considerada como una banalidad, sentimentalismo que homogeneizaba, pero sobre todo despolitizaba a la multitud, operando con una teoría del sujeto fácilmente manipulable y considerándolo como víctima de la industria conspiracionista de la cultura (Horkheimer, 1988). Nava avanza, al recuperar el concepto de consumo, en una actividad en donde se encuentran involucrados diferentes estilos, prácticas e imaginarios, que a menudo expresan espacios alternativos de fuentes de interés, placer y contradicciones culturales, se está recuperando, dice, también la resistencia, la ironía, y la selectividad. En este sentido, la noción de consumo es contraria a su referencia analítica en el conflicto y segregación. Los empleos de la industria electrónica transnacional, además de ser fuentes de sentido, placer y valor humanos, son, también, referentes de estatus de consumo, de resistencia, segregación y jerarquización.

b) El tiempo humano: perfiles sociolaborales.

Los sujetos se apropian del tiempo y construyen nuevas temporalidades que podemos apreciar en las esferas del trabajo. Comprender la construcción de esas nuevas temporalidades por parte de los sujetos, nos ayuda a analizar las potencialidades que tienen para hacer que su acción llegue a constituir una tendencia política. Las nuevas temporalidades de producción biopolítica no pueden entenderse en el marco de las concepciones tradicionales del tiempo. En la *Física* Aristóteles define el tiempo como la medida del movimiento entre un antes y un después. La definición de Aristóteles tiene el gran mérito de separar la definición de tiempo de la experiencia individual y el espiritualismo. El tiempo es una experiencia colectiva que se encarna y vive en los movimientos de la multitud. Sin embargo, Aristóteles luego reduce ese tiempo colectivo determinado por la experiencia de la multitud a una norma trascendente de medida. A lo largo de toda la metafísica occidental, de Aristóteles a Heidegger, pasando por Kant, permanentemente se situó el tiempo en el lugar de la trascendencia. En la modernidad, la realidad sólo se concebía como medida y ésta, a su vez, sólo podía concebirse como un *a priori* (real o formal) que acorralaba al sujeto dentro de un orden trascendente. Es en la posmodernidad donde se rompe decididamente con esta tradición; ahora bien, no se trata de una ruptura apriorística con la definición del tiempo como constitución colectiva propuesta por Aristóteles, sino con la configuración trascendente. En la posmodernidad, el tiempo ya no está determinado por ninguna medida trascendente,

por ningún a priori: el tiempo corresponde directamente a la biopolítica del sujeto. Aquí es donde se da el proceso de transformación de la tradición de la medida de Aristóteles. En realidad, desde mi punto de vista, lo que entra en crisis es el paradigma moderno de la racionalidad de la medición del trabajo, ya sea mediante la convención, o mediante el cálculo. El tiempo vuelve a situarse enteramente bajo el dominio de la existencia colectiva y por lo tanto reside en la cooperación de la multitud. A través de la cooperación, la existencia colectiva y las redes comunicativas que se restituyen en el seno de la multitud, el tiempo vuelve a ubicarse en el plano de la inmanencia. No es algo dado a priori, antes bien, lleva el sello de la acción colectiva. La nueva concepción del trabajo de los sujetos biopolíticos revela que el trabajo es la actividad creativa fundamental que, a través de la cooperación, supera cualquier obstáculo y logra recrear constantemente el mundo (Flores/Mariña, 2000; Hardt/Negri, 2002)). La actividad de los sujetos biopolíticos constituye un tiempo que está más allá de toda medida. El tiempo podría definirse pues como la inconmensurabilidad del movimiento social entre un antes y un después, un proceso inmanente de constitución. Los procesos sociales de constitución ontológica se desarrollan a través de los movimientos colectivos de cooperación, a través de las nuevas urdimbres tejidas por la producción de la subjetividad. Precisamente en este sitio de constitución ontológica, el sujeto surge como una nueva figura con un poder constituyente. Este sujeto nuevo, que define a todos aquellos cuyo trabajo es objeto de explotación del capital, se constituye en la totalidad social inmanente.

La clase obrera industrial, durante y después de la revolución industrial, representaba únicamente un momento parcial de la historia, un período en que el capital podía reducir el valor a una medida. En aquel período parecía como si el trabajo de los obreros asalariados fuera solamente productivo y, por consiguiente, todos los demás segmentos de la vida social se consideraban meramente reproductores y hasta improductivos. Sin embargo, en el contexto biopolítico de la posmodernidad, la producción de capital converge cada vez más con la producción y reproducción de la vida social; logrando, de esta manera, una distinción entre el trabajo productivo, reproductivo e improductivo. El trabajo socialmente subjetivo –material e inmaterial, intelectual o corporal– produce y reproduce la vida social en una constante contradicción entre el espacio laboral y extralaboral, el social, en el cual el capital tiene ciertas incidencias. Este amplio panorama de producción biopolítica nos permite reconocer la plena generalidad del concepto de sujeto. La dificultad cada vez mayor de distinguir entre producción y reproducción social en el contexto biopolítico. También destaca una vez más la inconmensurabilidad del tiempo y el valor. A

medida que el trabajo se extienda fuera de los muros de la fábrica, se hace cada vez más difícil mantener la ficción de cualquier medida de la jornada laboral y, por lo tanto, de separar el tiempo de producción del tiempo de la reproducción social o el tiempo de trabajo en el terreno de la producción biopolítica. Esta condición general de la producción biopolítica pone de manifiesto una segunda demanda política de los sujetos: un salario social. El salario social se presenta ante todo como lo opuesto al salario familiar; aquella arma fundamental de la división sexual del trabajo, mediante la cual se concebía que el salario pagado por el trabajo productivo del obrero pagaba también la labor productiva no asalariada de la esposa del obrero y de quienes dependían de él en el hogar. El salario familiar mantenía firmemente el control familiar en manos del obrero que ganaba el salario y perpetuaba una falsa concepción: entre el que se consideraba trabajo productivo y el que no sería así. A medida que se diluye la distinción entre producción y reproducción social, también se diluye la legitimación del salario familiar. El salario social se extiende mucho más allá del ámbito de la familia a la multitud en su totalidad, incluso a los desempleados, porque toda la multitud produce y su producción es necesaria desde la perspectiva del capital social total.

En el proceso a la posmodernidad y a la producción biopolítica, la fuerza laboral se ha vuelto cada vez más colectiva y social. Ya difícilmente se puede acudir al antiguo lema del Estado de Bienestar: “igual paga por igual salario”, cuando el trabajo difícilmente puede medirse e individualizarse, cuando se les exigen a los obreros habilidades subjetivas en una organización del trabajo “flexible” en el contexto de una fábrica posmoderna. Sin embargo, la demanda por un salario “flexible”, o socialmente subjetivo, que contemple las habilidades requeridas de la fábrica posmoderna se extiende socialmente en la exigencia de que toda actividad necesaria para la producción de capital sea reconocida con una compensación equivalente, de modo tal que un salario socialmente subjetivo sea realmente un ingreso garantizado. No obstante que en la fábrica posmoderna se trate aún de mantener, a contracorriente la construcción de las nuevas identidades de los obreros, en su dominio y en la cooperación de los sujetos biopolíticos. Pero es precisamente en esta potencialidad de los sujetos, la potencialidad en el plano de la inmanencia del trabajo creativo y colectivo, que la fábrica posmoderna pretenda explotar negando las requeridas potencialidades subjetivas de los sujetos sociales, tales como la indeterminación del tiempo, o de un tiempo y un salario flexible y no-solo social, el trabajo socialmente subjetivo, así como el deseo y el encanto como forma de virtualidad biopolítica. De esta manera, el tiempo trascendental en la posmodernidad pretende sujetarse en la configuración

de los perfiles sociolaborales, de producción subjetiva de la fuerza de trabajo desde el mercado de trabajo, a través de las agencias de colocación, sin su reconocimiento socialmente productivo y reproductivo. El abordaje de las características que ciertos mercados de trabajo demandan, por ejemplo las IET, nos permite observar, a simple vista, la segregación y jerarquización, en sus diferencias sociales y variables sociodemográficas que se relacionan con la identidad de los aspirantes en su alteridad. Así, los aspirantes a un empleo, en el mercado de trabajo, adquieren diferentes características sobre la base de los tiempos, espacios y necesidades de la fábrica posmoderna. En la conformación de estas definiciones las etiquetas sociales como género, edad, clase, etnia e incluso personalidad, juegan un papel preponderante para definir al aspirante como un “candidato ideal” para el empleo de la IET, como uno de los modelos de la fábrica posmoderna. Esta clasificación supone la “aceptación” de los aspirantes, ello da cuenta en sus historias y en sus biografías laborales. Supone, también, que comparten ciertas expectativas acerca del futuro y en sus condiciones presentes. Presentes y pasados que constituyen para la empresa posmoderna la historia laboral del trabajador, los perfiles socioculturales que modelan a un campo social, estructurado, con disponibilidades de “tiempo” y ritmos de trabajo de la producción en la empresa, donde se buscan ciertas habilidades de psicomotricidad, por ejemplo de conexión entre mente, ojo y mano, y donde la inclinación de la contratación sea en preferencia de obreras. De esta manera, los aspirantes a los empleos bajo esos perfiles – de diversas concepciones de tiempo y su relación con su “pasado”, “presente” y “futuro” – son determinantes en la construcción de sus proyectos biográficos laborales, pero también constituyen el impulso, el aliento determinante, por su propia contradicción social que genera la posmodernidad en su sentido de la internacionalización y regionalización de la economía, en la expansión del capital que está recentralizando las zonas de su interés.

En la reestructuración del capital, bajo las fusiones de las grandes empresas transnacionales, se está dando una producción del capital que converge en su forma de biopolítica, a través de la producción y reproducción de las capacidades subjetivas de los sujetos, que permite distinguir el trabajo productivo, reproductivo e improductivo. Es aquí, donde los dispositivos potenciales de los sujetos, en su forma de biopolítica, encuentran la contradicción más aguda, la del tiempo humano versus la del tiempo lineal, trascendental, la del tiempo fábrica posmoderna, donde se tejen y determinan las expectativas acerca del futuro de los obreros con definiciones del presente, donde el obrero aspira tener futuro, pero para lograrlo tiene que sacrificar su presente, ser lo que no quiere ser. Es decir, en la concepción del tiempo del obrero predomina el

futuro, el deseo se convierte en su forma ontológica, es la realización potencial que justifica y da sentido a sus acciones. Pero en las expectativas acerca del futuro que son definitorias en el presente y que constituyen una trayectoria social, están también los proyectos de vida y de empleo que se yerguen en sus antecedentes históricos y en sus historias de origen, es decir en la memoria vivida y vivencial. La búsqueda de un futuro mejor, porque las obreras, por ejemplo, ya no quieren ser afanadoras, empleadas domésticas o vendedoras informales. Para ellas su pasado y su deseo de modificarlo marca la pauta predominante en el rumbo de sus vidas laborales. Pero además un aspecto central es el mecanismo mediante el cual “el pasado se capitaliza en el ámbito individual como parte de la estructura identitaria. Por algo se afirma que uno es lo que ha sido” (Ainsa, 1998: 46). Es engañoso pensar que el empleo conseguido es la forma permanente de sobrevivir, se ha constituido, sin duda, el medio en el que las empresas transnacionales en su lógica de reproducción del capital la fuerza de trabajo sea la fuente permanente de riqueza y el aseguramiento de ella hace creer idílicamente a los obreros que el “aseguramiento del empleo” constituye su “única opción de futuro”, cuando en esa forma es la única no-opción de sus potencialidades. La importancia de vivir el presente se encuentra en sus propias potencialidades de la memoria que es su pasado, que han adquirido maestría en prolongar la instantaneidad de su presente laboral.

Es en este tiempo que las obreras juegan con las condiciones estructurales, se mueven con gran habilidad ante las “nuevas formas de contratación”, donde la “flexibilidad” en sus contrataciones siempre está fluctuando de una empresa a otra, no obstante que la generación de la antigüedad laboral queda trunca, pero que, sin embargo, la empresa de cualquier modo ya tiene los mecanismos previstos para que no la generen. Expectantes ante tales movimientos racionales de las agencias de colocación las obreras se anteponen a la jugada cavilada. Se convierten en obreras expertas en “vivir al día”, al enfrentar a la incertidumbre de su futuro laboral. Se convierten en sujetos biopolíticos. Es el presente inmediato el que les importa y da sentido a sus acciones vitales para el futuro, no obstante que son evidentes las dificultades para vivir en el presente. O como dice Ainsa: “la gran mayoría de los pueblos confrontados a problemas cotidianos de supervivencia en la marginalidad y en la pobreza, o haciendo frente a la inestabilidad política y la inflación económica, no hacen sino vivir al día. En esta gráfica expresión se resume el verdadero sentimiento de quienes están condenados a hacer equilibrios en el fugaz instante del presente para cosas tan simples como sobrevivir, ignorando el pasado y sin poder apostar al futuro” (1998: 50).

El conocimiento y familiaridad con la cual se mueven las obreras en la marginalidad y segregación, se debe a su potencialidad subjetiva en forma de solidaridad que se manifiesta en el discurso, a través de la información que circula entre los aspirantes, los obreros intra-empresas. Un conocimiento que les permite desplazarse de una empresa a otra cuando el enfado arriba a su deseo de futuro, cuando las estructuras las ahogan y sienten que es el momento de abandonar el empleo para “encontrarse”, sentir que son ellas mismas y no la extensión de la producción de la fábrica. Surge entonces, de nuevo, el deseo, que se refresca ante un mercado laboral desfavorable, que las sitúan en condiciones vulnerables, ante los riesgos de una inestabilidad, y la falta de prestaciones laborales, pero bajo la visión del “saber hacer”, las convierte en sujetos de visión de futuro, en un capital acumulado. Esta visión de futuro contrasta con otros tipos de empleos, como puede ser el de la confección y el calzado, en cuyo caso, las obreras, al cesar de laborar en sus puestos, pueden, gracias a sus conocimientos laborales, recurrir a la puesta en práctica de un “oficio”, como puede ser el de costurera o zapatero. En el caso de los empleos en la industria electrónica transnacional difícilmente esto es posible, pues no brindan alguna opción de empleo propio que les permita aprovechar algo de lo aprendido en estos empleos. El deseo no se trunca con la fuerte presencia de las empresas que deriva en una gran absorción de tiempos vitales de las obreras, pretendiendo marginarlas a la no-producción social, biopolítica, con estrategias de la no-coincidencia de horarios de entrada y salida entre las empresas, que imposibilite cultivar, formar la idea de política social, las relaciones y redes sociales entre las obreras, donde los sentimientos de solidaridad, de identificación y reconocimiento del otro como el igual sean imposibilitados, que, sin embargo, el tiempo vital de las obreras como tales en la producción social los convierte en cómplices, se transmiten la información acumulada como “saber moverse” en el mercado de trabajo de la industria transnacional. Son consideradas “expertas” al valorar las opciones de empleo dentro del repertorio de plantas transnacionales, considerando siempre las modalidades en la contratación, ya sea directa o por agencia; en los servicios, que incluyen la calidad de la comida, el transporte, los lockers y las instalaciones; los bonos; el prestigio de la empresa por la experiencia y capacitación, ya que trabajar en una empresa de prestigio puede traducir un “buen currículo” laboral; en la producción de un “saber hacer” político que debe transmitirse cuando la producción debe bajar para presionar por motivos laborales; en desplazarse para “enseñar lo que no debe hacerse con el saber hacer”. Esta solidaridad, no orgánica, constituye la potencialidad del deseo de los obreros, el tiempo de producción del tiempo de la reproducción o el tiempo del trabajo en el terreno de la producción bio-

política; destaca una vez más la inconmensurabilidad del tiempo y el valor, de los proyectos biográficos-laborales con énfasis en la visión de futuro, donde la incertidumbre no deja de estar presente, pero que forma parte del despliegue de las potencialidades de los obreros.

2. EL CONTROL DE LA EMPRESA “POSMODERNA”

a) Procesos de control

Nos encontramos en el telón de la inconmensurabilidad que vincula lo virtual a lo posible, transitando el camino que conduce el deseo y el encanto en el porvenir, en una relación ontológica que opera en todo espacio real y virtual. La virtualidad del espacio global constituye la primera determinación de los movimientos sociales en el ámbito mundial: una virtualidad que se hace realidad. El espacio que se reestructura en la posmodernidad debe transformarse en un espacio de vida; la circulación debe convertirse en libertad. Es decir, las multitudes móviles deben lograr la potencialidad global en un sujeto biopolítico global. La resistencia de las multitudes a la colonialidad –la lucha contra la esclavitud de pertenencia a una nación, a una identidad nacional, a un pueblo, y, por ende, la deserción a la soberanía y los límites que ésta le impone a las subjetividades sociales– es por entero positiva. Hoy, la glorificación a la localidad puede ser regresiva y hasta fascista cuando se opone a las circulaciones de las identidades, de las etnias, las razas, el pueblo, es decir a las mezclas sociales y culturales, pues de este modo refuerza los muros de una “nación” a través del idioma, la identidad, la soberanía, etcétera. Sin embargo, el concepto de localidad no tiene que definirse necesariamente desde el punto de vista del aislamiento y de purezas artificiales, en construcciones mono-hegemónicas. Pero, por el contrario, si se derriban los muros ideológicos que rodean la nación y, por lo tanto, eliminan las nociones de raza, religión, etnia, nación y pueblo, se corre el riesgo de transitar en una nueva noción, en una neocolonialidad del poder como hegemonía de la globalización neoliberal.

En este contexto, la ontología biopolítica no es una ciencia abstracta, implica el reconocimiento conceptual de la producción y reproducción del sujeto con subjetividad, y, en consecuencia, el reconocimiento de que la realidad política está constituida por el movimiento de capacidades de potencialidad subjetiva como el deseo y el encanto. La dimensión espacial de la ontología biopolítica se demuestra hoy a través de los procesos concretos de la globalización del deseo de las multitudes, del carácter común de éste, de construir una comunidad humana, un Orfeo multicolor de infinito poder que se construye en tiempos de la globalización sólo a través de la circulación. El poder de circular es una determinación esen-

cial de la virtualidad de las multitudes, es el primer acto ético de la ontología contra la globalización reordenativa geopolíticamente. Este sentido ontológico de circulación biopolítica se destaca cuando se compara con otras significaciones atribuidas a la circulación posmoderna, tales como los intercambios del mercado o la velocidad de la comunicación. Éstos, la velocidad y circulación de la comunicación y del mercado corresponden más bien a la violencia de la globalización reordenativa geopolíticamente, que está detrás de lo que se ha dado en llamar el reordenamiento imperial (Hard/Negri, 2002). Las relaciones económicas y la comunicación dominadas por el capital se integran en su lógica y sólo un acto sustantivo de resistencia puede volver a captar el sentido productivo de la nueva movilidad y la nueva hibridación de los sujetos y hacer realidad su liberación. Su ruptura nos conduce al terreno ontológico biopolítico de los sujetos y al terreno en el que la circulación y la hibridación cultural son biopolíticas posibles. Es en la circulación biopolítica donde se destacan y valoran las determinaciones de las actividades de producción y reproducción social, de autocirculación y de libertad también social. La circulación es un éxodo biopolítico global, es un éxodo corporal, una expresión subjetiva.

Es en la circulación de los sujetos sociales donde encontramos que el valor del trabajo se realiza mediante una nueva fuerza social concreta, a través de la apropiación y el uso libre de las nuevas fuerzas productivas, de potencialidades subjetivas de los sujetos sociales, capaces de transformar y reproducir. Esta capacidad transformativa y reproductiva de los obreros constituye una radical transformación del poder en la fábrica posmoderna; y con la incorporación de la posmodernidad de la ciencia, la comunicación cibernética y un lenguaje “especializado” en la fuerza productiva convierten la concepción del trabajo flexible en un potencial inconmensurable en la globalización neoliberal. Pero como en la modernidad y en la posmodernidad, al obrero no se le reconocen jurídicamente sus potencialidades laborales subjetivas, son considerados simplemente con habilidades cognitivas, y en ello estriba la suerte de su incorporación en el plano del saber hacer y en la ejecución, como si los poderes biopolíticos de los obreros fueran sólo intelectuales y no corporales. Como vimos antes, las nuevas fuerzas sociales y las nuevas posiciones de las tareas afectivas son hoy tan características de la fuerza social como el trabajo intelectual. La biopolítica se refiere a estas capacidades productivas de vida que son intelectuales y corporales por igual. En realidad, los poderes de los obreros de la producción son hoy enteramente biopolíticos; es decir, constituyen y recorren directamente no sólo la producción sino también todo el ámbito de la reproducción social, en los planos subjetivos y de la acción política. Lo

biopolítico llega a ser reconocido cuando el contexto de la reproducción queda incluido bajo el dominio capitalista, es decir, cuando la reproducción y las relaciones vitales adquieren un sentido de pertenencia para el capital, en entonces que la dimensión política adquiere sentido y razón para el obrero como fuerza productiva y reproductiva. Sólo hasta entonces, para el biopoder esas capacidades biopolíticas de los sujetos sociales son intelectuales y corporales por igual. El biopoder es la noción que comprende la supeditación real de la sociedad bajo el dominio del capital, y el biopoder y lo biopolítico constituyen las fuerzas conflictivas del orden productivo globalizado.

El conocimiento, la comunicación, el afecto, el deseo y el encanto son fuerzas subjetivas principales que componen nuestra virtualidad e historicidad antropológica, desplegándose por la superficie de la globalización reordenativa geopolíticamente. Este despliegue se extiende por los territorios lingüísticos generales que caracterizan las intersecciones en la producción de la vida. El trabajo social se hace cada vez más inmaterial y realiza su valor a través de un proceso singular y continuo de innovación en la producción; la fuerza social adquiere mayores capacidades de consumir o usar los servicios de la reproducción social de maneras más refinadas e interactivas. Precisamente cuando el conocimiento, el afecto, el deseo y el encanto (la subjetividad en conjunción con el cuerpo) se transforman en los poderes productivos subjetivos, hacen que la producción y la vida coincidan en el terreno en que ellos operan, porque la vida es, fundamentalmente, la producción y reproducción social de los cuerpos y de las expresiones internas de los sujetos sociales, es el cuerpo político, del “sí mismo”. La relación entre la producción y la vida se ha alterado a tal punto que hoy se ha invertido por completo la manera en que la entiende la economía política neoliberal, proceso que se había iniciado durante el período keynesiano-taylorista-fordista. La vida ya no se produce en los ciclos de reproducción social subordinados a la Organización Científica del Trabajo de la fábrica moderna; por el contrario, la vida es la que afecta y domina toda producción. En realidad, el valor biopolítico del trabajo y la producción se crean en las profundidades de la vida, del sí mismo, de la vida social del sí mismo. La fábrica moderna y posmoderna no producen ningún superávit que no sea el que genera la actividad social y es por ello que, enterrado en la inconmensurabilidad de la vida, el valor biopolítico está más allá de toda medida. No habría ningún excedente si la producción no estuviera animada en su totalidad por las fuerzas sociales subjetivas, y al mismo tiempo por las fuerzas políticas que definen las relaciones sociales y dirigen las articulaciones políticas del sujeto. Hoy el valor excedente, el valor biopolítico, se construye en el campo de los afectos, de los deseos, de los encantos en los cuerpos

atravesados por el conocimiento, en la comunicación, y en la capacidad potencial de poder actuar socialmente, en una capacidad transformativa, derivada no sólo de su propia capacidad historicidad subjetiva y política del sujeto, sino de su acción en el presente, inquietado por el futuro. En una capacidad transformativa, derivada no sólo de la propia historicidad subjetiva y política del sujeto sino de su acción en el presente, inquietado por su futuro. La producción industrial, la producción y reproducción social tienden a realizarse enteramente a través de las contradicciones entre el biopoder y la biopolítica.

La inspiración de las resistencias y las fuentes contradictorias las encontramos en la fábrica posmoderna, donde se teje la red globalizadora para controlar las fuerzas sociales productivas de potencialidad de los obreros, a través de lo que se ha dado en llamar la “flexibilidad contractual”, la “flexibilidad del mercado de trabajo” y la “flexibilidad de las relaciones laborales”; flexibilidad que ha significado la supresión de los derechos laborales que los movimientos obreros habían logrado durante la modernidad, enfrentando al capitalismo industrial y emergiendo el Capitalismo de Bienestar, como producto de las contradicciones de las fuerzas sociales. Los procesos de contratación a través de las agencias de empleo que se han constituido en las redes de control del mercado del trabajo neoliberal constituyen la velocidad y la circulación de la violencia de la globalización reordenativa geopolíticamente, y es aquí donde la posibilidad de ruptura nos conduce al terreno ontológico con la fábrica posmoderna.

Donde los obreros enfrentan contextualmente el biopoder que significa la flexibilidad neoliberal ¿Cómo lo hacen y de qué manera lo enfrentan? Es una condición social de ruptura y reconstrucción con la perversa “flexibilidad” neoliberal, es donde se inscriben los lineamientos ontológicos de conocimiento, futuro y deseo de las multitudes, viviendo y aprendiendo a modificar políticamente sus vivencias presentes.

En el pasado reciente, en la modernidad, la formalización de la contratación de la fuerza de trabajo se realizaba con la representación de los sindicatos ante la empresa, a través de un mecanismo regulador, la Ley Federal del Trabajo, y una instancia de vigilancia de ese mecanismo, la Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Hoy, en cambio, el control del mercado de trabajo en la contratación del personal en la IET se ha formalizado a través de las agencias de colocación, llamadas también *Outsourcing*; un mecanismo de control posmoderno donde la agencia de subcontratación asume la relación laboral con los obreros, es decir, un aparato de control que se convierte en el mecanismo de reclutamiento y de regulación de la

fuerza de trabajo: de evaluación, de selección, contratación y administración de las nóminas salariales; es decir, la atribución de lo contractual y de las competencias laborales de los obreros, además de la medición de su productividad hasta que el proyecto del trabajo concluya. En estas agencias de colocación resalta la falsa “filosofía” en la que se basa el modelo contractual, enfatizando la importancia de la especialización de la IET en una “calidad de vida” superior a cualquier otra industria. Así, la IET que contrata a su plantilla laboral mediante una agencia de colocación evita la creación y operación de un departamento de Recursos Humanos al interior de sus empresas, lo cual, en lógica de tal argucia, reditúa en la movilidad y en el uso indiscriminado de la fuerza de trabajo en la producción. De manera similar se argumenta el beneficio para las agencias de empleo, puesto que ellas se especializan en reclutamiento y selección de los obreros. Ello ofrece, como principal ventaja, el que se abaraten los costos políticos y económicos para la IET.

Las contrataciones que son mediadas por las agencias de empleo son la modalidad más desventajosa para los obreros porque implica un alto grado de flexibilidad laboral contractual,¹¹ pues en ellas la representación sindical en

11 Por ejemplo, los contratos laborales son anuales, sin ninguna representación sindical que ampare los derechos laborales como marca la Ley Federal del Trabajo, y en casos particulares los contratos llegan a ser mensuales, por 31 días. En las agencias de empleos no otorgan copia del contrato a los obreros –como lo marca la ley–. Para el año 2000 la firma de los contratos era cada tres meses. Por ejemplo, en la Agencia Consultora S.A. de C. V. (entre la amplia lista de clientes de esta agencia de empleo destacan, del giro electrónico; Kodak, IBM de México, Jabil Circuit de México y Natsdeel Electronic; de otros giros: el Grupo Financiero Banorte, Vidriera Guadalajara, grupo Quaker de México, entre otros) ofrece entre otras las siguientes ventajas a sus clientes si los obreros son administrados en la nómina de la Agencia: 1) No se tiene ningún compromiso, ni responsabilidad patronal con el empleado; 2) No se pagan impuestos del empleado, tales como IMSS, 2% sobre nómina, SAR, INFONAVT, etcétera; 3) La factura es totalmente deducible de impuestos; 4) El costo por este servicio es variable, pues depende de las prestaciones que se quieran otorgar a los obreros. Ante varias cotizaciones el cliente elige al que mejor se adapte a las necesidades de la empresa; 5) Apoyo a nivel STAFF. La agencia no toma decisiones, sólo ejecuta instrucciones. El área de jurisdicción está definida: reclutamiento, evaluación, selección, contratación, administración y finiquitos, y nunca participa en aspectos operativos, ni en logística; 6) No hay tratos con ningún sindicato. El personal eventual administrado por la agencia de empleos, se encuentra afiliado a la C.R.O.C.; 7) Compromiso de que el personal contratado sea el que realmente necesita la empresa, garantizando el trabajo por un tiempo de tres meses mientras el período de adaptación se realiza. Si al término de estas condiciones hay inconformidad en ambas partes, entonces se envía la factura para liberarla. Si la

el momento de la contratación está totalmente ausente, no así para el cobro de cuotas sindicales, además de ser violatorias, pues al efectuar la contratación no se considera a la Ley Federal del Trabajo: la pérdida del reparto de utilidades, de antigüedad, de escalafón, etcétera, pues las agencias de contratación no se constituyen en el patrón laboral, ya que legalmente para que exista un contrato laboral es necesario que se establezca una relación laboral entre patrón y empleado. Así se señala en el artículo 21 de la LFT, el cual dice: “Se presumen la existencia del contrato y la relación de trabajo entre el que presta un trabajo personal y el que recibe” (LFT, 1999). De tal forma que en el caso de los sujetos-obreros que son contratados a través de agencias de empleo, cabe cuestionar el “supuesto” de que el patrón laboral es solamente la agencia de colocación y no la empresa, ya que ésta última es la que cotidianamente recibe los beneficios de los servicios prestados por los sujetos-obreros.

La ausencia sindical en el acto de contratación laboral obedece ya no a su tradición histórica, de representante de los intereses de los obreros, sino al de constituirse ahora en un actor con una personalidad política debilitada frente al capital, encontrándose bajo el patrocinio de la empresa, donde ésta nombra a los representantes sindicales y les retribuye por sus “servicios generales” y particularmente por la “compra de un contrato de protección” a las centrales obreras cuyo propósito es el de impedir que los obreros se organicen y construyan democráticamente su organización sindical. De esta manera, el impacto que la organización sindical de los obreros había logrado durante el modelo del keynesianismo-taylorismo-fordismo, pretende ser detenido a través de la modificación social del trabajo: por una parte a través del control de las representaciones de los obreros, los sindicatos; pero por otra, a través del mercado del trabajo, mediante la contratación laboral por vía de las agencias de empleo, es decir, en mecanismos de control de mediación entre las empresas y los obreros,¹² donde diversifican sus servicios de reclutamiento y selección de obreros,¹³ je-

contratación que la empresa requiere es de planta, el costo del servicio es del 80% del sueldo nominal mensual con el que se contrate al obrero [Fuente: Archivo del equipo de analistas sobre las Agencias de Subcontratación en Guadalajara. Centro de Reflexión y Acción Laboral, noviembre 2000 (CEREAL)].

12 En la zona metropolitana de Guadalajara hay decena de ellas, cuya misión es seleccionar y reclutar personal para varias empresas clientes [Información con base en el directorio de Agencias de Colocación del Centro de Reflexión y Acción Laboral (CEREAL), junio 2000, y complementada con datos recabados en el trabajo de campo]

13 Tenemos una Agencias de Empleo, Azanza y Asociados, que inició en 1986, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, contaba apenas con ocho em-

rarquizando y creando niveles de puestos laborales en aquellas empresas líderes como IBM, Hewlett Packard-Compaq, Jabil Circuit, Selectron, Siemens, Compuworld, etcétera.

Desde luego que se promueve que los actores, tanto agencias como empresas, estén relacionados entre sí, creando una estructura de eslabonamientos, en redes de subcontratación de las distintas agencias que están vinculadas directamente con las empresas y que establecen convenios de transacciones. Estas cadenas de eslabonamientos se realizan con base en la identificación de los servicios que ofrecen,¹⁴ profundizando en la cobertura de acción geopolítica, es decir actuando en el ámbito local y nacional, con capital ya no local sino nacional y extranjero. Cadenas que constituyen un aparato de control social del trabajo bajo un control “familiar”, de agencias que pertenecen a familias enteras, socios emparentados, y que en muchas ocasiones se presentan con diferentes razones sociales: PAT-KRO-ESCARH, autodenominadas “sistema empresarial”, modificándolas de acuerdo a las condiciones sociales o políticas.

Los eslabonamientos de la red de reclutamiento de obre-

pleados y su función era la de brindar asesoría en Recursos Humanos. En 1989 comienza a ofrecer los servicios de personal eventual subcontratados para IBM. En el año 1990, esta agencia continua en crecimiento y comienza a ofrecer un servicio nuevo en el Estado de Jalisco, denominado Vendor in house (proveedor en casa) en el área de administración de almacenes. La agencia ha diversificado los servicios que ofrece a lo largo de la década de los noventa, hasta llegar al reclutamiento, selección y subcontratación de obreros. En 1998 se abre una sucursal de esta agencia en la ciudad de Tijuana, Baja California Norte, para ofrecer servicios de reclutamiento y selección de obreros. Para el año 2000 la agencia se componía de 130 personas en el área administrativa, quienes se encargaban de 2,200 obreros asociados en nómina y cuenta con una cartera de veinte empresas de diferente tamaño y giro [Archivo del equipo de análisis sobre las Agencias de Subcontratación en Guadalajara. Centro de Reflexión y Acción Laboral. Noviembre 2000 (CEREAL)].

14 Desde la lógica de las Agencias de Empleo los pasos a seguir para lograr con éxito una contratación son como sigue: Se realiza por atención a clientes-empresas; se recibe requisición, se abre expediente, visita a clientes-empresas; en zonas aledañas a las empresas por promotores se realiza el reclutamiento, dentro de la empresa el recepcionista de la Agencia recibe la solicitud, el psicometrista realiza examen de la vista y psicológico; se checa el perfil, se realiza a través de una entrevista donde se actualiza la información; el psicometrista y ejecutivo de selección realizan la evolución y seleccionan realizando un curso de inducción; el asistente administrativo realiza la firma de convenio, envía al candidato a la empresa; la empresa finalmente realiza la capacitación. Esta es una ruta delineada por las agencias de empleos para llevar a cabo las contrataciones de los obreros.

ros se extienden también a aquellos quienes han logrado un capital técnico-científico, es decir, aquellos que han desarrollado un aprendizaje, una formación y una educación que los constituye como obreros calificados y que pueden ser considerados como polivalentes o multifuncionales. Esta consideración es importante para la empresa de la IET porque la educación y la formación –de acuerdo a la sociedad del conocimiento que se está desarrollando en la posmodernidad–, aumentan la productividad de “las personas”, mejorando con ello sus oportunidades de obtener ingresos en el trabajo y su movilidad en el mercado laboral, y ampliando sus opciones en las oportunidades de su carrera universitaria.¹⁵

La capacidad de circular de los obreros en el mercado de trabajo aparece, entonces, como una dominación de las cadenas de ensambles contractuales, en una determinación reordenativa geopolíticamente, y en donde el sentido del sujeto ontológico se crea en este espacio posmoderno, a través de la producción que se le da como fuerza de trabajo ambulante. En realidad es una mezcla contradictoria entre biopoder y biopolítica, pues es en el contexto social que aparenta ser determinante y exclusivo, si no es que único, en donde en la subjetividad del obrero se forman el deseo y el sentido de futuro. Esta “determinación” estructural” se presenta exclusiva, a través de exigencias inalcanzables que deben cumplirse, provocando en el obrero un estado de angustia y desesperación al enfrentarse a las estructuras excluyentes. Así se puede apreciar en los procesos de contratación donde aparecen meticulosos y segregacionistas, aunque en los diferentes sectores industriales se muestre en algunos un rostro a veces mejor que en otros. En algunas empresas de la fábrica posmoderna de la IET, los salarios, por ejemplo, aparecen como superiores, e incluso más que en otras industrias como las del vestido y del calzado.¹⁶

15 En este sentido, por ejemplo, se reclutan obreros en las Preparatorias de la Universidad de Guadalajara. Un eslabonamiento más de control del mercado de trabajo se da a través de las pequeñas “oficinas” ambulantes que constituyen los receptáculos de obreros ambulantes. A través de anzuelos como “importante empresa solicita operadores de producción”, se encuentran, las empresas, en puntos estratégicos de la ciudad, por ejemplo, en las plazas céntricas. Por lo regular hay tres reclutadores de obreros, repartiendo volantes que anuncian las plazas laborales vacantes, los requisitos y la dirección a donde hay que presentarse, ahí inmediatamente, se dice en el volante, se le realizará una entrevista, en la que informan al obrero la percepción salarial, de 370 pesos a la semana, además de 140 pesos de vales mensuales. La empresa contratante en el momento era Jabil (noviembre del 2001).

16 Esto se puede observar en la política de determinación de salarios de la empresa IBM, por ejemplo: “La definición de salarios se establece con

Sin embargo, resultan ser relativas estas ventajas en las distintas industrias, constituyen más bien parte de la simulación y la imagen, de los señuelos que trazan estratégicamente las empresas con el propósito de tener siempre un mercado cautivo. Este hecho muestra un ángulo de percepción de la determinación de los obreros de optar por una u otra determinada rama de la industria, ya que el salario no constituye en sí mismo el alcance de un objetivo como el empleo. Los mitos, los misterios, forman parte del revestimiento que crea la empresa, pretendiendo obnubilar la claridad y potencialidades de los sujetos, encaminándolos a fuerzas “misteriosas” que regulan las pretensiones de futuro y normando las acciones de los obreros en estructuras que aparecen herméticas, acartadas por las reglas de producción y organización, pero que, sin embargo, resultan ser bastante frágiles y es por ello que se revisten de imágenes míticas. Estas imágenes que revisten las estructuras posmodernas constituyen la negación, en un principio, de las posibilidades de solidaridad social que se trazan las industrias transnacionales, que a la postre constituyen un reto para los obreros, como estrategias para los aspirantes que tienen deseos de ingresar a la industria de elite. Este sentido ontológico de circulación y de articulación biopolítica se destaca aún cuando se compara con otras significaciones atribuidas a

información de las tendencias salariales en el mercado de trabajo de la localidad y el análisis de los costos. Por un lado, la planta sabe lo que se está pagando a los trabajadores en otras empresas y en el caso del personal complementario, esto también lo saben las agencias. Por otro lado, la planta prefiere hacer pagos al trabajo un poco por encima del promedio de las demás empresas sin que se disparen sus costos” (Mercado y Ocampo, 1998:418). Las empresas elites, como la IBM, representan un liderazgo en la región en el ámbito global, pues el hecho de ofrecer mejores salarios con respecto a empresas similares ratifica su reputación. Esto ocurre también en los exámenes de ingreso, por ejemplo, la percepción que tienen los obreros al ingresar a Selectrón, es diferente a los que tratan de ingresar a IBM. La aplicación de exámenes para nivel operario se compone de los siguientes: Barsit, percepción visual, habilidad manual, memoria y retención de dígitos, motricidad fina, percepción de detalles, ensamble de objetos, examen de la vista, test de árbol y test de colores de Max Lucher. Los dos exámenes que observamos, el de las tarjetas de colores y el del árbol, sólo eran proyectivos (las técnicas proyectivas consisten en presentar reactivos frente a los cuales el sujeto expresará (proyectará) lo inconsciente saltando los demás mecanismos de defensa. Respecto a los primeros exámenes, su intención es evaluar la conexión entre mente, ojo y mano. Mientras que para los aspirantes a Selectrón, los exámenes de habilidades manuales y psicométricos son suficientes, para el caso de los aspirantes de IBM, no es así. Además de los cuatro exámenes aplicados, y los proyectivos, faltaban una serie de filtros que había que pasar: una entrevista en la empresa y una visita para aplicar un examen socioeconómico en los domicilios de los obreros y con sus vecinos.

la circulación posmoderna, tales como los intercambios del mercado o la velocidad de la comunicación. Estas consideraciones corresponden más bien a la velocidad y circulación de la violencia de la globalización reordenativa geopolíticamente. Las diferencias y segregaciones en el requerimiento de la fuerza de trabajo en el mercado del trabajo, se realizan controles de selección como hemos dicho, a través de las agencias de subcontratación, donde consideran a los obreros por una determinada empresa, ya sea nacional o transnacional, los niveles socioeconómicos y cognitivos;¹⁷ además de ciertas “inducciones” que pretenden modelar, a través de los cursos de capacitación, a la “comunidad imaginada”, con valores y cultura laboral “que se tiene en la empresa transnacional. Esta “comunidad imaginada” se construye desde la fábrica posmoderna y en la fábrica posmoderna, modelando las aptitudes o potencialidades de los sujetos, con un sentido ideológico, los cursos de capacitación dirigidos a “adquirir los conocimientos de cultura de calidad” para unos consumidores donde los países están reflejados de cielos con horizontes azules y estrellados, mismos (productos) que no están al alcance de sus propios productores y lejos del sueño de Henry Ford: que concebía que los sujetos-obreros deberían de ser los propios consumidores de los productos que produjeran, sólo así, decía Ford, se realizaría la “filosofía del progreso”, a través de la realización del capital (Friedmann, 1997). La “inducción” de los obreros a la “comunidad imaginada” de la fábrica posmoderna está cimentada en los procesos del trabajo: una actitud y trabajo de rendimiento a la fábrica, de acuerdo a los patrones de participación, involucramiento y disponibilidad; calidad y productividad no sólo en la línea de producción, sino en vida diaria, que se constituye en el marco de acción familiar y social, es la extensión de la fábrica a la familia, ser productivos y con calidad de vida que es la imagen que la fábrica posmoderna quiere representar.

b) La virtualidad del control disciplinario en las fábricas posmodernas.

En la posmodernidad los sujetos tienen su propio tiempo, o como diría Michael Ende cada humano tiene su propio tiempo, y sólo mientras siga siendo suyo se mantiene vivo. Sin embargo, en la fábrica posmoderna parece que la virtualidad temporal es entendida de acuerdo al sentido de la producción neoliberal, donde las potencialida-

des subjetivas del obrero son reconocidas como fuentes inagotables para la producción. El tiempo moderno incide en esa “virtualidad” posmoderna en la forma crucial de concebir a los obreros en el mercado de trabajo, como proclives de procesos de apropiación de tiempos que devienen en una deshumanización del trabajo a través de “robo del tiempo propio”, del tiempo de las potencialidades subjetivas de los obreros, del tiempo vital. La apropiación de este tiempo significa la constitución de un aparato de control que se instaura no sólo dentro de las fábricas posmodernas sino que se extiende fuera de ellas, a través de patrones culturales de la producción y reproducción social. Al introducir ciertos mecanismos de poder en la fábrica posmoderna, se está pretendiendo alterar los tiempos subjetivos de los obreros, hasta el grado de crear un ambiente virtual de vivir en “otros tiempos”. El sentimiento que les crea a los obreros de vivir en “otros tiempos virtuales”, se ve reforzado con una serie de mecanismos de control que llevan a experimentar a los obreros, desde el momento en que ingresan, por ejemplo, a las industrias transnacionales, un ingreso a “otro mundo”, un mundo virtual, incorporando a los obreros con uniformes, gafetes y discursos que los transportan materializándolos en esos espacios virtuales. Es la virtualidad del control disciplinario en las fábricas posmodernas. Es la pretensión de introducir una nueva ontología del sujeto desde la fábrica posmoderna.

Una de las consideraciones básicas de las fábricas posmodernas es la de crear ciertas realidades idílicas y presentarse como “un todo natural e incuestionado” (Berger/Luckmann, 1968). De hecho, toda organización que se precie de serlo, incluye su propio sentido de la realidad con base en sus objetivos propios. Bourdieu nos explica este proceso, a propósito de la visión dominante de la división sexual. “Si esta visión parece ‘natural’, como se dice a veces para hablar de lo que es normal, al punto de volverse inevitable, se debe a que se presenta, en el estado objetivado, en el mundo social y también en el estado incorporado, en los *habitus*, como un sistema de categorías de percepción, apreciación y acción. Se trata de la concordancia entre las estructuras objetivas y las estructuras cognitivas que posibilita esa relación con el mundo que Husserl describía con el nombre de ‘actitud natural’ o ‘experiencia doxica’ (Bourdieu, 1990: 16). Las fábricas posmodernas, en consecuencia, se convierten en estructuras de control y poder, donde lo normal aparece como la “aceptación” de las normas de comportamiento que en la fábrica posmoderna¹⁸ se aplique la “flexibilidad” en la producción, en la organización del trabajo y en las rela-

17 Como podemos observar en la empresa IBM exige una mayor cantidad de documentos, que observan el nivel socioeconómico y psicológico de los obreros, a diferencia de las empresas como Lucent y Jabil, que no consideran tanto estos perfiles, además de que la contratación, en el caso de Lucent, la realiza la propia empresa y no las Agencias de Subempleo.

18 Manuel Castells le denomina la “empresa red” (Castells, Vol. I. 2001:471).

ciones laborales, es decir, en tecnologías computarizadas, en la gestión, en la utilización incesante de capital fijo, en el empleo intensivo del trabajo, en las alianzas estratégicas y en los vínculos entre las organizaciones, todo ello se concreta en una realidad sociocultural, en la flexibilidad social de la producción y en la relaciones culturales del trabajo.

En efecto, el procedimiento social del trabajo, en una forma de administrar el trabajo, de “justo a tiempo”, ha sido el símbolo de la producción avanzada del tiempo posmoderno flexible en la era electrónica de tecnología de fabricación. No obstante, en la economía de la informática, esta comprensión temporal no se basa primordialmente en extraer sólo más tiempo del trabajo socialmente o más trabajo del tiempo bajo el imperativo del reloj, sino en lograr una mayor racionalidad productiva “flexible”. Sólo cuando se trata única y exclusivamente de la tecnología informática “flexible” no se restringe el látigo de la “Organización Científica del Trabajo” en las espaldas de los obreros hoy nada musculosos como en los inicios del taylorismo-fordismo; por el contrario, cuando se trata de tecnología mecanizada o automatizada, la aplicación de los tiempos y movimientos son desmenuzados y cronometrados con base en estudios fisiológicos,¹⁹ abrazando la supuesta modernidad productiva. Como la creación del valor tiempo depende mucho de la autonomía y del *know-how* que tenga el obrero para la toma de decisiones en la producción de la fábrica posmoderna, la tradicional gestión disciplinaria del trabajo, en consecuencia, no encaja en el nuevo sistema de producción flexible. En este sentido, se requiere trabajo calificado que gestione su tiempo de modo flexible, atribuyéndole más tiempo laboral en horarios flexibles de la producción, hoy día llamados por productividad, bajo el fantasma de una reducción de los horarios laborales, aunque, por el contrario, completamente real en la reducción de los salarios que, en la lógica del “trabajo justo a tiempo”, no se flexibilizan como sucede en la fábrica posmoderna.²⁰

19 Para el caso ver un estudio minucioso y entretenido “Estudio de tiempos y movimientos” de Mundel (1984), que presenta una “teoría” generalizada del control administrativo, donde en cuyo centro se encuentra el “factor humano”. Aunque el estudio está dedicado al cómo de los tiempos movimientos de obrero en la producción, subyace el cuidado de estudiar los por qué, cuándo y dónde.

20 Nos dice Castells que para las firmas que funcionan en red, el marco temporal de su adaptación a la demanda del mercado y los cambios de la tecnología también son la base de su competitividad. Por ello, agrega, el arquetipo de la producción en red, la firma multinacional italiana de artículos de punto Benetton fue superada por su competidora estadounidense Gap, debido sobre todo a su falta de capacidad para seguir la velocidad de ésta en la introducción de nuevos modelos de acuerdo con la evo-

El sistema de gestión flexible de la producción en red se basa en la temporalidad flexible, en la capacidad de acelerar o retrasar los ciclos del producto y en el rendimiento, en el “tiempo flexible” que comparten equipo y personal frente a la competencia transnacional. El tiempo flexible se gestiona como un recurso, no según el modo lineal y cronológico de la producción en masa, como hemos visto antes, sino como un factor diferencial en referencia a la temporalidad de otros organismos transnacionales, redes, procesos o productos. Sólo la forma de organización de redes y las máquinas de procesamiento de la información cada vez más potentes y móviles, son capaces de asegurar la gestión flexible del tiempo en las fábricas posmodernas. En estas condiciones, el tiempo no sólo se comprime, sino se procesa.

El trabajo es, en la consideración del tiempo de la vida laboral de la fábrica posmoderna, el núcleo de la vida de los obreros. Desde ahí, las fábricas posmodernas pretenden organizar el tiempo laboral en el tiempo social. Es el “nuevo mundo” posmoderno, el cual, sin matiz alguno, no puede explicarse sin referencia a la relación de biopoder en la fábrica posmoderna.²¹ En ésta aparece, en su organización social, como atributo principal, la relación biopolítica, donde no puede entenderse más que mediante el conflicto entre las diversas fuerzas sociales (trabajo-capital), en una relación que es contradictoria y diametralmente opuesta entre sí desde el principio, dado que está cimentada en una relación subjetiva, entre deseos y visiones de mundo contrapuestos, y no en una relación de intereses homogéneos entre los obreros-empresarios, “en el cumplimiento de un objetivo común que condiciona sus objetivos personales” (Crozier y Friedberg, 1990:54-75). En este sentido, la relación entre los obreros-empresarios a través de las categorías de percepción, apropiación y acción se constituye en una “relación

lución del gusto del consumidor: cada dos meses, comparados con las dos veces al año de Benetton (Castells, Vol. I. 2001:471). Otro ejemplo, en la industria de software de mediados de los años noventa, las firmas comenzaron a regalar sus productos para atraer clientes a un ritmo más rápido (Klein, 2001). El fundamento de esta desmaterialización final de los productos de software es que el beneficio ha de hacerse a largo plazo, sobre todo mediante la relación clientelar con los usuarios sobre el desarrollo y mejoras de un programa determinado. Pero la adopción inicial de un programa como éste depende de la ventaja de las soluciones ofrecidas por un producto sobre otros del mercado, con lo que se premia la rápida disponibilidad de los nuevos avances tan pronto como son generados por una firma o un actor.

21 Donde la “flexibilidad” autogestionaria le es “regresada” al obrero en su potencial capacidad del *know-how*; al tomar decisiones en el puesto de trabajo sobre diseño, calidad y productividad.

no transitiva” donde cada categoría se constituya en “un envite específico alrededor del cual se injerta una relación de poder particular”; categorías que no pueden ser extraídas y atribuírselas como propias según lo considere el capital, incluso ni en el caso del trabajo, pues son de constitución subjetiva diferencial.²²

Así, la fábrica posmoderna emerge como un universo de estudio que se expresa en un tiempo determinado, la singularidad que la constituye y la universalidad que la relativiza. En la fábrica posmoderna (bajo la distinción entre capital y trabajo), el obrero polivalente aparece, por un lado, bajo un proyecto social, con una misma condición y visión de la realidad; es decir, en un contexto sociocultural y geopolítico universal que le favorece simbólicamente. Por otro lado, el obrero polivalente vive la dramática experiencia universal individualmente, única e irreplicable en la historia, poniendo a prueba la subjetividad singular y constituyendo, a la vez, su memoria colectiva.

Memoria colectiva donde se encuentran los lazos de solidaridad construidos desde la propia subjetividad: del nerviosismo, la angustia, el asombro y el miedo que el obrero manifiesta al enfrentar los mecanismos de biopoder de las fábricas posmodernas, y donde se reconfiguran las subjetividades construidas en una relación dialéctica de la negatividad. La biopolítica aparece como la posibilidad potencial de la realización del obrero en la fábrica posmoderna, al concebir su propio tiempo, en un tiempo socialmente humano, en su tiempo vital. Mientras que el tiempo en la fábrica posmoderna lo concibe como una determinación en el obrero, distribuye los tiempos vitales en tiempos de *know-how* en la producción y en la reproducción social, tanto en la vida laboral como en la vida social,²³ presentándose restricciones de realización

del sujeto social: pero los tiempos laborales no coinciden ni con los tiempos de socialización ni con los tiempos de la ciudad;²⁴ son ritmos asincronizados, restringidos al espacio laboral, que imposibilitan la producción y reproducción sociopolítica, cultural y familiar de los sujetos sociales, así como del conocimiento y los sentidos identitarios de pertenencia con su terruño.²⁵

El control del tiempo laboral posmoderno se da en una estricta distribución del poder espacial en la fábrica posmoderna: espacios amplísimos, demarcados simbólicamente como franjas de propiedad departamental, donde no se puede transitar libremente; en el que los menores movimientos están registrados; el trabajo ininterrumpido une el centro con la periferia, las decisiones sobre diseño y productividad que consistirían en la autogestión del obrero pretenden ser determinados por el jefe del departamento de productividad, por el jefe del departamento de diseño y por el jefe del departamento de calidad, es decir por los mandos medios; pero la experiencia, la astucia,

la ritmicidad humana se construyó en estrecha relación con los ritmos de la naturaleza. En cambio, en el mundo desarrollado, la revolución industrial, la constitución de la ciencia médica, el triunfo de la razón y la afirmación de los derechos sociales, han alterado este patrón en los últimos siglos, pasando del principio de una vida secuencial, biosocial, a convertirse en sociobiológica. Pero, ahora, en su apreciación, en la Edad Contemporánea, los desarrollos organizativos, tecnológicos y culturales característicos de la nueva sociedad emergente están posibilitando de forma decisiva el ciclo ordenado, sin remplazarlo con una secuencia alternativa: la sociedad red, que se caracteriza por la ruptura de la ritmicidad tanto biológica como social, asociada con la noción de un ciclo vital (Castells, 2001:480).

22 Y no en el sentido complejo y ecuacional de la relación de poder que se da en los sistemas sociales como Michel Crozier y Erhard Friedberg sostienen: “Es una relación no transitiva: si una persona A puede obtener con facilidad de una persona B una acción X, y B puede obtener esta misma acción de una persona C, es posible, sin embargo, que A pueda obtenerla de C; pero si el poder es aquí inseparable de los actores comprometidos en una relación, también lo es de las acciones demandadas, es decir, cada acción constituye un envite específico alrededor del cual se injerta una relación de poder particular. Así, pues, A obtendrá fácilmente de B una acción X, pero con más dificultad una acción Y, y no podrá obtener una acción Z, que en contraste, otra persona C sí obtendrá con facilidad” (Crozier y Friedberg, 1990:54-75). Donde los sujetos, como hemos visto en el primer apartado del presente capítulo, ya no pueden definirse con los parámetros de la razón instrumental, ya no son medidas como el capitalismo los ha definido.

23 En una apreciación que recoge de Berger, Castells apunta que los seres vivos “somos relojes biológicos”. Dice que durante milenios,

24 Para los obreros de la industria electrónica la fábrica les impedía participar de las actividades de la ciudad, participar en cualquier actividad política o social, pues los horarios iban de 11:15 de la noche a 7:00 de la mañana, o bien de las 12:45 de la mañana a las 10 de la noche. Lo cual repercutía en los tiempos de descanso y diversión, un ejemplo, los fines de semana cuando planeaban los obreros salir a divertirse era entre la una o dos de la mañana.

25 Cada vez se controla más la reproducción en todo el mundo. El control de la natalidad es la norma, aunque la marginalidad social y las creencias religiosas constituyen signos de resistencia a la maternidad planificada. En estrecha interacción con la emancipación cultural y profesional de las mujeres, el desarrollo de los derechos reproductivos ha alterado la estructura demográfica y los ritmos biológicos de nuestras sociedades en las dos últimas décadas del siglo XX. Nos encontramos con tasas bajas de natalidad, de retraso del matrimonio y de la reproducción, y de estadios variables para que la mujer tenga hijos a lo largo de su ciclo vital, ya que luchan por combinar educación, trabajo, vida personal e hijos, en un modelo posmoderno de toma de decisiones cada vez más individualizado (Cortes/ Shiba, 1999).

el deseo, el encanto y las mañas laborales de los obreros son los recursos biopolíticos que hacen que en el trabajo formal sea “negociado” informalmente; el poder gerencial, el biopoder, trata de ejercerse por entero a través del control en cada obrero, observado, localizado, examinado, fiscalizado, distribuido y desmenuzado sistemáticamente, es objeto de un compacto modelo disciplinario, de un control *panóptico*²⁶ que en términos formales se aplica. Una forma de ejercer el poder sobre los obreros, es la de controlar sus relaciones, desdeñar sus peligrosos contubernios y cualquier posible acción social ajena a la racionalidad posmoderna. Ésta es imbuida en métodos de distribución analítica del poder, individualizada para crear exclusiones y resaltar falsos “involucramientos” donde se pretende una mayor extracción de plusvalía, a través de concebir al obrero como un recurso que se da ahora en una sociedad cibernética del conocimiento con cualidades que permiten hacer de un obrero moderno en uno posmoderno: polivante, desterritorializado, desnacionalizado y sin garantías laborales. Ello va desde que al obrero se le convierte en una etiqueta, una marca con valor agregado, el de su capacidad potencial cognitiva, de ahí el recurso del biopoder, donde genera nuevos sujetos –los cuales ya poseían esas cualidades como sujetos historizados–, de igualdad ante la ley, es decir sin derechos, y de diferenciación individual de acuerdo a las demandas del mercado laboral, creando un sujeto calculable y utilizable. Un obrero al que se le quiere subsumir en el monopolio de la violencia laboral,²⁷ en una maquinaria gene-

radora de efectos en el sujeto, homogeneizándolo a través de distintos fetiches simbólicos, a través de catálogos de comportamiento y vestimenta durante la producción en la fábrica posmoderna, y distinguiéndolos, mejor dicho diferenciándolos jerárquicamente, y constituyéndoles de esta manera una identidad en la alteridad.

Así, el aparato de la violencia que impera en la fábrica posmoderna se realiza a través de sutiles mecanismos de control: vestimenta apropiada, una bata sobre la ropa, no provocativa en las obreras; el cabello arreglado, sobre todo en las obreras. En cambio, en los obreros el estatuto del reglamento es diferente, pero no dista ser menos estricto: no se permite usar *short* o bermuda, ni usar aretes, ni el pelo largo. Una de las diferencias a considerar en el reglamento conductual y de disciplina en la fábrica posmoderna es que en los sujetos-obreros el uso de adjetivos calificativos queda estrictamente prohibido, en cambio en las obreras puede abundar, por ejemplo es común que a las obreras se le imponga el mote de “peligrosas” en el trabajo, por su género.

El catálogo de comportamiento en la fábrica posmoderna crea una contradicción en los obreros, por ejemplo en el uso del uniforme, un gafete con sentido de pertenencia (con la foto que dice “perteneciente” a fulano del tal de la empresa tal)²⁸ que se les trata de introducir un sentido

26 Del conocimiento público, es la presencia de física del circuito cerrado de video en la fábrica. Las cámaras anunciadas todo lo vigilan, el que los trabajadores estén en el puesto de trabajo, el que no sustraigan alguna pieza, el que lleven permanentemente la bata de trabajo, el que no se distraigan con los compañeros de trabajo, el que no se digan palabras prohibidas, el que estén peinados adecuadamente, etcétera. Es la “cámara escondida”, como le llaman los obreros en la fábrica, “la que está en algún lugar de nuestra conciencia”, de que hay lugares visibles, es decir, que están vigilados, pero también de su existencia en lugares en los cuales era imposible percatarse de ellas.

27 Luis Reygadas nos habla de una cultura autoritaria en Zenco y Altec, de sujetos vulnerados, donde el autoritarismo y la violencia se aplican en las relaciones laborales, se ejerce el control de manera autoritaria, se amenaza simbólicamente, para preservar el orden. Se creas una cultura de la violencia, dice el autor, a través de violaciones a sus derechos laborales, violaciones sexuales o acoso sexual en sus distintos niveles jerárquicos. Hay, también, dice, una arquitectura de vigilancia y castigo: fiscalizadores de control de calidad; checadores de entrada y salida; controladores (jefes de departamento) de producción por horas extras; naves monumentales, grises, que empuñan al hombre, lo hacen sentirse ínfimo; guardias de entrada y salida, para evitar “el robo de hormiga”, considerando a los obreros en rateros per-

manentes; áreas de comedores jerarquizados, diferenciación alimenticia de acuerdo al estatus laboral; condiciones insalubres y sencillas de los baños, sin accesorios, y tiempos restringidos para su uso. Con respeto de los pagos, se realizan reducciones sin previo aviso; tarifas en pago a destajo o en el salario por jornada; retención de dinero; deducción por errores en la producción; tardanza en el pago; división de los estímulos por producción desde la dirección, etcétera (Reygadas, 1998: 60-155).

28 Con el gafete al obrero se le pretende convertir en un “portador de una identidad” nueva, que le permite abrir cualquier puerta, a través de los múltiples lectores electrónicos que hay en la empresa, acceder a la fábrica en general. Son tres gafetes los que se necesitan para desplazarse en el interior de la empresa de IBM: uno con foto y nombre al frente y al reverso una cinta magnética; el segundo con el código de barras que significa el nombre del portador, que permite ingresar al comedor; y, finalmente, el tercero, el de certificación, el cual tiene el nombre del operador y, debajo de todos los números de las operaciones del área de trabajo, el número de operación en el cada operador está certificado para tal operación. Así, los gafetes se convierten en instrumentos de control, restringen y registran los movimientos de todos los obreros durante la producción y los tiempos muertos, los no productivos, como pueden ser la comida, el baño, la convivencia, etcétera. Por ejemplo, el gafete de certificación, tiene la función de mostrar la operación que cada operador domina. Cada mes reciben un bono

de identidad, cuando los obreros son más bien ellos, son de “sí mismos”, sujetos con subjetividades construidas en las contradicciones sociales.²⁹ Y es aquí, en las contradicciones sociolaborales reales, en la fábrica posmoderna, en la informalidad del piso de la producción, donde se disputan los mecanismos de “control” gerencial, las hegemonías de los capitales culturales y laborales. Ello se puede apreciar en el aparato de la violencia verbal que está dado en las viejas palabras, con nuevos contenidos, reconfigurando, de esta manera, el lenguaje identitario. En la neo-colonialidad del biopoder se pretendería dar, de esta manera, mediante un instrumento de dominación a través de la lengua, un sentido artificial a la realidad sociolaboral, nombrando y dándole un significado “nuevo” a la naturaleza, a los sujetos y a la cultura del trabajo. El lenguaje que va escribiendo nuevos significados controla, domina el relato de la realidad presente y pretende rescribir la memoria del pasado. Es el reflejo virtual que aparece con tanta fuerza la relación entre la toma de poder de una clase social y la elaboración de un nuevo discurso histórico, es la pretensión biopoder de la supresión de la memoria histórica de la Edad Moderna. La antigua memoria que narra los orígenes y la grandeza de una clase social, destruida y perseguida, hoy se le domina con un idioma distinto a los obreros, hoy se les denomina operadores, desideologizados, cuando antes de la modernidad, eran artesanos, pasando a ser “profesionales”. Así como la memoria de la identidad social

monetario por el hecho de estar certificados en tal operación. Para el año de 2000, las agencias de empleo, y no la fábrica, otorgaban 100 pesos mensuales por concepto de bono de certificación. Los bonos al igual que los salarios suben cada tres meses un porcentaje de 20%, pero al aumento tiene un tope de un año, esto es cuando un operador cumple un año de trabajo, a partir de ese momento su bono y su salario no se incrementa y permanece estable en la última tasa. Pero si un operador es “desertificado”, ya sea por auditoría del departamento de entrenamiento, que consisten en exámenes orales y de procedimiento de la operación, o por cometer demasiados errores en el trabajo según el criterio del auditor del área del trabajo, se pierde el bono de certificación. La mayoría de los trabajadores están certificados en dos o más operaciones, y por ello reciben dos o más bonos. Al preguntarles la razón, los operadores se sorprendían, y sólo contestaban “pues porque así es”.

29 El significado del uniforme adquiere una importancia central en el proceso de adaptación a la vida fabril. Las obreras al ingresar a la fábrica posmoderna, se “apantallan” por la amplitud, limpieza y cuidado de las instalaciones, y a la entrega del uniforme, “es como si nos dieran un vestuario especial que nos haga sentirnos diferente”, y “empezamos a sentirnos operadoras y nos creemos que es algo importante y positivo, peor al mismo tiempo seguimos siendo Celia o Cristina con intereses propios”. Entrevista a Celia, enero de 2002.

se transforma, así también el lenguaje de los obreros en el contexto de la fábrica posmoderna se ve transformado, por ejemplo, en el idioma inglés-norteamericano le dan contenidos y significados de representación política y religiosa diferentes a sus contextos latinoamericanos: shark, monroe, firebird, flyer, son los dispositivos discursivos que constituyen el entorno cotidiano laboral.

Estos mecanismos de control del biopoder en el discurso se dan en una relación contradictoria de aceptación-resistencia identitaria, con palabras informales mexicanas, que constituyen una mayor y fácil penetración cultural: “calabacear”, el cual alude a la acción de cometer errores durante la producción, teniendo una connotación, por supuesto peyorativa y de marginación de la elite de los obreros “cualificados” o polivalentes.³⁰ Otra de las palabras mexicanas con nuevos contenidos es el de “montonear”, “dar abasto”³¹, y “hacerse pedazos”³².

c) Control, conflicto y consenso, los diferentes significados del tiempo durante la “posmodernidad”.

La institución, es una forma contradictoria de las relaciones microfísicas de poder. Si una institución puede en un momento dado cumplir efectivamente con sus objetivos es porque sus actividades descansan en una red múltiple de relaciones sociales contradictorias de poder. La institución trata de recodificar dichas relaciones y someterlas a una estrategia general para obtener sus fines. Desde esta perspectiva, la institución no es la génesis del poder, sino más bien la reproducción de relaciones contradictorias de poder inmersas y diseminadas en la sociedad. La “microfísica” del poder es posible gracias a una rearticulación y reapropiación constante y meticulosas de las relaciones microfísicas que se generan en puntos diversos.

30 El término calabacear se prefiere entre los obreros al de “retrabajo” o al de “error de calidad”, que son los que usan los directivos y, según ellos, son más gringos. El calabacear es considerado por los obreros como una forma de castigo, que como una medida para detectar errores.

31 Un obrero es “montoneado” en la línea de producción cuando no da “abasto” ni a su operador/proveedor ni a su operador/cliente. Generalmente esto sucede cuando un operador no puede mantener el ritmo del compañero anterior en la línea, el resultado es una gran cantidad de productos por trabajar “amontonados” en línea. Las montoneadas no cedían, era una cuestión de competencia individual, de superioridad, que se da a diario: todos buscan montonear al siguiente y cuidando de dar abasto a los operadores anteriores, para no ser montoneados.

32 En una connotación más suave que la de hacerse “pendejo”, no tiene una carga de sentido negativo ni ofensivo. Su sentido era más bien de reivindicación chusca, media aceptada por todos los obreros.

La fábrica posmoderna tampoco es la génesis del poder, sino una reapropiación de los mecanismos microfísicos que decodifica en estrategias y tácticas globalizantes de los distintos sujetos participantes.

Concebir al poder de esta manera tiene implicaciones de importancia. La primera implicación es que la reflexión política debe desplazarse de sus objetos más queridos: las instituciones, incluso las que conforman la fábrica; la segunda implicación, desplazar el análisis del poder hacia el ámbito microfísica implica también alejarse de aquella tradición que ha contemplado el poder como relación terminal de las relaciones económicas; y la tercera implicación, una visión del poder tal y como lo propone Foucault nos lleva a contemplarlo por todas partes: “el poder proviene de y va a todos lados, circula por las instituciones, atraviesa incluso a aquéllos que los ejercen” (Foucault, 1992: 7-200). El poder se puede concebir así porque es inmanente a toda relación social, donde se producen y se enfrentan, por ser contradictorias y opuestas entre las clases sociales, las subjetividades y los intereses de biopoder y biopolíticos, respectivamente. Y es a través de los aparatos de aplicación del poder donde las relaciones de producción y reproducción se dan esas contradicciones, en la inmersión de la sociedad.

El control, el conflicto y el consenso a través de los diversos significados del tiempo constituyen los mecanismos de disputa. Entonces, el significado del tiempo constituye, como mecanismo de poder, la “abstracción” de la rearticulación y reapropiación constante y meticulosa de las relaciones sociales que se prolongan, en la fábrica posmoderna. Sin embargo, como dice Hawking, “el tiempo real, es simplemente una idea que inventamos para ayudarnos a descubrir como pensamos que es el universo”.³³ En este sentido, puede adjudicársele una función ordenadora y estructurante. Pero, los mismos minutos, horas y jornadas laborales son significaciones diferentes para las subjetividades sociales, y es que, simultáneamente, el tiempo es imaginado en una forma de poder, de control subjetivo. Se construye y se le da un contenido racional de producción para los obreros, pero también se le depositan sueños y se le otorgan facultades. Se le permite controlar vidas y destinos. Los tiempos de apropiación son

medulares en las relaciones sociales en la fábrica posmoderna. Los mecanismos de apropiación del tiempo como biopoder se realizan a través de la administración “flexible” del trabajo, constituyéndose un aparato de control de jefes y coordinadores para aplicar las “normas” de los usos del tiempo. Pero no siempre sucede así, la normatividad del uso del tiempo se aplica no sólo a través de un aparato formal de control, sino se realiza de manera educativa, ideológica, a través de un aparato de autoacción psíquica, que como un rasgo decisivo en el ámbito de todo individuo “civilizado”, se encuentra en íntima relación con la constitución de institutos de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos centrales. Con este tipo de instituciones se garantiza en el obrero, que desde el principio tome costumbre de dominarse, de un autocontrol, que funcione de manera automática (Elías, 1994: 453). Así, la susceptibilidad de los usos del tiempo son autocontrolados por los propios obreros, ellos mismos llegan a determinar los ritmos de la producción en la fábrica posmoderna. Sin embargo, el sentido del tiempo no es el mismo, se da a través de complejas relaciones sociales, los valores que se le atribuyen al tiempo son diferentes y con contenidos distintos, de ahí la importancia de los mecanismos de control, de la conflictuación y las negociaciones que se dan en el proceso de la producción o de las relaciones informales, como una vez le llamó Elton Mayo (1972: 21-170).

Las llamadas nuevas formas de organización del trabajo, que le dan sentido a la fábrica posmoderna, que “flexibilizan” el uso de la fuerza de trabajo, se dan bajo la lógica de la competencia entre los sujetos-obreros en el ámbito de la producción, constituyendo un importante interjuego de autocontrol en las relaciones sociales. Este mecanismo constituye un embrión de conflictos de intereses entre capital y trabajo, donde no necesariamente fluyen en cohesiones entre obreros. De hecho, la competitividad entre los obreros está diseñada como un mecanismo que impida, por ende, la alianza entre ellos mismos, debido a que es estimulada la competitividad con bonos por productividad individualizada, además de ser jerarquizada y segregacionista. Esto es comprensible, si tenemos en cuenta que no sólo cualquier conflicto está mediado por una ideología, en este caso, neoliberal, sino que los aparatos de control, formales y psíquicos, en la fábrica posmoderna, como toda institución social, constituyen monopolios de la violencia biopoder, en la que hay múltiples redes de poder. Los conflictos, en consecuencia, muestran una diversidad de luchas competitivas e intergrupales como resultado de la administración posmoderna de la fábrica.

El relato etnográfico permite resaltar cómo los discursos del poder de la fábrica posmoderna, en torno de los apa-

33 “En el tiempo real, el universo tiene un principio y un final en singularidades que forman una frontera para el espacio-tiempo y en las que las leyes de la ciencia fallan. Pero en el tiempo imaginario no hay singularidades o fronteras. Así, que tal vez, lo que llamamos tiempo imaginario es realmente más básico, y lo que llamamos tiempo real es simplemente una idea que inventamos que es el universo” (Hawking, 1988; 185).

ratos de “calidad y productividad”, regulan, coaccionan y autocoaccionan psíquicamente, evitando las alianzas y acciones solidarias entre los obreros. Autores como Michael Buroway (1979) y Paul Edwards (1986) enfatizan la importancia de que se incluya el consenso como un elemento cohesionante para las relaciones subjetivas del trabajo. Entender cómo se negocia en el mismo “piso de trabajo” (shop floor) posibilita la comprensión de la producción y reproducción de los mecanismos de poder y de autocoacción social.³⁴ Al afirmar la conducta obrera, la fábrica posmoderna incluye tanto la adaptación como, inevitablemente, la resistencia. La percepción de Buroway del control *versus* resistencia en el proceso laboral, es consentir la adaptación a la de resistencia, porque las acciones de los obreros incorporan “mecanismos ideológicos” a través de los cuales son llevados a aceptarlos como “naturales e inevitables”. Tal adaptación, además, refleja la conducta propositiva de los obreros. En contra de la idea de Braverman (1984), de que la gerencia puede monopolizar el conocimiento, Buroway argumenta que los obreros son creativos y que la Administración Científica del Trabajo confía en ellos para desplegar sus habilidades y experiencia. El proceso laboral incluye un desafío entre las concepciones de los obreros y la de los gerentes sobre cómo hacer el trabajo. El problema central para el capitalista no es forzar el conocimiento de los procesos de producción de los obreros, sino persuadirlos para que cooperen en su propia explotación (Buroway, 1979: 46-47); cosa que se realiza a través de los mecanismos de poder pero sobre la base de la trama del juego lúdico de las expectativas subjetivas de los obreros en una fábrica posmoderna que se presenta como la vanguardia del mundo globalizado. En la opinión de Salaman (1979) el propósito de diseñar estrategias por parte de la administración organizacional es el de controlar y regular la conducta de los obreros, pero éste propósito cae en el te-

rreno de la negociación política en la interacción inevitable entre capital y trabajo. Las reglas tienden a describir la conducta preferida, pero al hacerlo así también estipulan los mínimos de conducta, las tendencias y radiografías de conflictos mantenidos, la memoria política. Las reglas describirían, en esta lógica, la historia de la biopolítica y del biopoder por el control social de la producción.

En la edad contemporánea el tiempo como mecanismo de poder adquiere un papel protagónico al introducirse en la fábrica posmoderna, en la vida social, categorías neoliberales como productividad, competencia, justo a tiempo, flexibilidad, y calidad total. Se percibe así cuando se aplica una “nueva economía” neoliberal en producir más en menos tiempo y con menos recursos tanto humanos como materiales. La concepción de la administración del trabajo en la producción supone una “flexibilidad” del tiempo, es un proceso de adaptación total a la lógica de la producción, lo cual provoca situaciones extremas como la del rompimiento con el sentido del tiempo de los obreros, en su propia subjetividad cotidiana. Desde la concepción gerencial el tiempo es, simultáneamente, recurso y rector. Recurso pues se convierte en un factor económico, en un insumo más que constituye parte de la plusvalía, de la ganancia en la producción, y por eso mismo se maneja como rector de la producción, una condición objetiva y como tal marca los ritmos y las actividades. Pero esta condición, integra tanto las dimensiones objetivas y subjetivas, pues para los obreros, en la línea de producción, el tiempo es vivido como un mecanismo que regula y controla sus actividades (rector), pero también simultáneamente, las horas, los días y los meses son vividos como experiencias subjetivas que adquieren valor y significado con base en sus propias trayectorias personales y en ese sentido susceptibles de capitalizar (recurso), o como diría Elías: “para construir sobre terreno firme no basta con poner el tiempo como objeto de la sociología del tiempo, el tiempo como objeto de la física, o en otras palabras, con enfrentar un tiempo social al tiempo físico, como sucede a veces” (Elías, 1989: 15). El fechar –determinar el tiempo– no puede entenderse, si parte de la idea básica de un mundo escindido, aunque sólo sea en sujeto y objeto. “Presupone, por un lado, procesos físicos que intervengan o no la humanidad para modelarlos, y por otro, sujetos capaces de hacer una síntesis reflexiva, de ver en conjunto lo que no es simultáneo sino sucesivo. Una idea básica es necesaria para entender el tiempo: no se trata de los seres humanos y la naturaleza, como hechos separados, sino de los seres humanos en la naturaleza” (Elías, 1989: 18). En consecuencia, tenemos el tiempo como categoría que incluye dimensiones tanto objetivas como subjetivas. De hecho, el mayor potencial es que el tiempo opera sólo si entra en relación en una trama social. Por ello es un eje analítico privilegiado de

34 Desde las inducciones y los cursos de capacitación en el Conalep, se observaba que en la fábrica posmoderna se mantenía un alto grado de control. De hecho, el énfasis se encontraba en la disciplina. El uso del reglamento en la fábrica no sólo se aplica, sino durante el curso de capacitación se estudia cual si fuera catecismo, luego, a igual que retórica clerical, se vuelve a reincidir en él durante varias sesiones en tiempos distintos, recordándolo como si se tratara de los mismos mandamientos, en el sentido del “no deberás”, que van como: “certificación en tu operación, conocer los principales elementos de la cultura de calidad” –que se promueve en una empresa que se autonoombra de “clase mundial” –, “conocer las normas y reglas”, así como quiénes son los que supervisan que cada disciplina no se altere, son los conocimientos básicos para lograr “una aceptación exitosa” al puesto de trabajo en una fábrica posmoderna como IBM, Hewlett Packard, ATT, NEC, Wang etcétera.

las relaciones sociolaborales para los posmodernos en la fábrica posmoderna.

El detonante de conflicto sociopolítico en la fábrica posmoderna es, entonces, el de “los tiempos” flexibles. Donde los obreros son los directamente involucrados con una participación directa en la generación del conflicto, en su canalización y resolución. Ello se puede apreciar cuando en la fábrica posmoderna los sujetos-obreros pretenden “estirar” la cantidad de tiempo de descanso y de comida en contrapartida de los tiempos de prolongación de la jornada de trabajo. Esto supone una trama social, donde se cuestiona desde la determinación jerárquica de la “disciplina” del trabajo como estricta y regulada por parte de la administración, pero a su vez, también es cuestionada por la actitud escéptica de los obreros en la disciplina laboral, de una “medida compensatoria” a la fábrica posmoderna. Ambas posiciones políticas constituyen el enfrentamiento por el control del tiempo en la producción, donde atraviesa la subjetividad de los obreros, del “sufrimiento” de la supeditación de los tiempos vitales a los tiempos inanimados de la producción.

Ante la consideración de que los coordinadores y soportes son una prolongación de la sofisticada tecnología de poder de la empresa, los obreros anteponen sus consideraciones subjetivas y es cuando los distintos intereses se hacen visibles y las diferencias se acentúan, mostrándose cuan ambiguas y frágiles se tornan las relaciones sociolaborales, pues cruzan, además, para entonces las categorías de estatus, conocimientos y género entre los obreros en la fábrica posmoderna. Las relaciones sociopolíticas adquieren una mayor complejidad cuando los obreros y sus concepciones, usos y valorizaciones del tiempo, contribuyen a otorgar diferentes significados al tiempo. En la fábrica posmoderna se juega una trama social del trabajo, con la noción del tiempo como “materia fluida”, significado propio de la administración flexible, que al presentarse a los sujetos-obreros como condición y recurso objetivado, adquiere diversos significados en los espacios de la producción. No obstante que el objetivo de la fábrica moderna es el del “control” del tiempo como un fin en sí mismo. Los relatos de los obreros demuestran cómo además de las jerarquías formales de la fábrica, otros elementos como los conocimientos y las destrezas, desempeñan un papel preponderante en la determinación de los tiempos.

Los ritmos de la producción, que pretenden girar en torno de la productividad, no se encuentran necesariamente bajo el control de las jerarquías definidas por la fábrica posmoderna, sino que bajo presiones conflictivas provocadas a veces por los propios obreros, como estrategias para negociar el tiempo de los “tiempos” productivos,

pero a veces, también, los obreros son quienes determinan el mismo ritmo de la producción. De esta manera, los significados que adquiere el tiempo son diversos, uno de ellos, por ejemplo, es el tiempo como premio, la producción de la empresa se impone aquí a través de la oferta de incrementar la producción, y el tiempo se “alarga”, pero también se acorta, pues la organización del trabajo posmoderno se logra con sistemas autogestionarios, logrando hacer más. Así sucede también con el tiempo de la “planeación estratégica”, cuando se trata de proveedores nacionales que abastecen los pedidos de materiales de acuerdo a lo que se va requiriendo –ya que la fábrica posmoderna no opera con bodegas con el propósito de reducir costos tanto de almacenamiento como de transporte–, y sucede frecuentemente que el tiempo de entrega no es “*just in time*”, y el tiempo de trabajo de los obreros se ve alargado, entonces sucede, en consecuencia que el material del que disponen no se encuentra en los estándares de calidad requeridos, el conflicto que se genera es ahora respecto de la calidad de los productos, y como la calidad es primero va en detrimento del incremento de la producción y por lo tanto del alargamiento del tiempo de desahogo del obrero. Cuando no sucede así, cuando la administración flexible trata de ignorar la opinión de los obreros, los mecanismos de autoridad se vulneran en la propia producción, y el resultado es un alto índice de “defectos” provocados intencionalmente en los productos, y es cuando la colaboración, el reconocimiento del conocimiento y experiencia de los obreros les son devueltos, convirtiéndose en autoridades formales en la producción; un mecanismo de control no reconocido formalmente, pero efectivo y práctico en la realidad. Mecanismo de control “informal” que se vincula con el mercado, pues se hace visible que el Control de Calidad Total esté bien determinado entre concepción y gestión, la colaboración, entonces, de los sujetos-obreros para bajar costos en desperdicios y en tiempos no productivos. Control de Calidad Total que se ve inclinado con ciertas premisas de determinación de ritmo de los propios obreros. Pero es frecuente, de cualquier manera, que los usos y prácticas de los tiempos caen en el terreno de la negociación constante. Es en tiempos aún de la posmodernidad que se siguen resolviendo en el conflicto las contradicciones de la biopolítica y del biopoder, en esa paradójica estela desde la modernidad, es decir de la historia y de la historicidad de los sujetos con subjetividad, que se está tejiendo la globalización neoliberal y una concepción distinta de ella.

BIBLIOGRAFIA

AINSA, Fernando (1998), “Tiempo individual y tiempo colectivo: entre historia y esperanza”, en García Wiedemann, Emilio J. (Comp.) Los tiempos de la libertad. Serbal, Barcelona.

- BRAVERMAN, Harry (1984), "Trabajo y capital monopolista", *Nuestro Tiempo*, México
- BORDERIAS, Cristina, Carmen Alemany y Cristina Carrasco (Comp.) (1994), "Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales", *Economía Crítica*, Barcelona.
- BERGER, Peter y Thomas Luckmann (1968), "La construcción social de la realidad", Amorrortu, Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre (1990), "Sociología y cultura", Grijalbo y CONACULTA, México.
- BOROWAY, Michael (1979), "Manufacturing consent. Changes in the labor process under monopoly capitalism. The University of Chicago. Chicago.
- CASTELLS, Manuel (2001), "La era de la información. La sociedad red", Vol. 1. Siglo XXI, México.
- CEPAL (2002), "Globalización y Desarrollo", Vigésimo noveno período de sesiones, Brasilia, Brasil, del 6 al 18 de mayo.
- CORTÉS GUARADO, Marco Antonio y Cecilia Soraya Shibya Soto (1999), "Los valores de los jaliscienses", Universidad de Guadalajara, México.
- CROZIER, Michel y Erhard Friedber (1990), "El actor y el sistema, las restricciones de la acción colectiva", Alianza, México.
- ELIAS, Norbert (1994), "El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas". FCE, México.
- ELIAS, Norbert (1989), "Sobre el tiempo". FCE, México.
- FLORES OLEA, Vitor y Abelardo Mariña Flores (2000), "Crítica de la globalidad", FCE, México.
- FRIEDMAN, Milton y Rose Friedman (1983), "Libertad de elegir", Orbis, España.
- FOUCAULT, Michel (1992), "Microfísica del poder", La piqueta, Madrid.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2000), "La globalización imaginada", PAIDÓS, México
- HARDT, Michel y Antonio Negri (2002), "Imperio", PAIDÓS, México.
- HIRATA, Elena, Michel Husson y Marta Roldan (1995), "Reestructuraciones productivas y cambios en la diversidad sexual del trabajo y del empleo: Argentina, Brasil y México", *Rev. Sociología del Trabajo*, Nueva Época, no. 24, Madrid.
- HORKHEIMER, Max / Theodor Adorno (1996), "Dialéctica del Iluminismo", Taurus, España.
- KLEIN, Naomi (2001), "No logo. El poder de las marcas", Paidós, México.
- LEY FEDERAL DEL TRABAJO (1999), FCE, México.
- MAYO, Elton (1972), "La escuela de las relaciones humanas"****
- MUNDEL, Marvin E. (1984), "Estudio de tiempos y movimientos", CECSA, España, Colombia, Chile, Argentina.
- NAVA, Mica (2000), "Mujeres, consumo y modernidad europea", en *Rev. Debate Feminista. Intimidad y servicios*. Vol. 22, Octubre, México
- ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO (2002), "Aprender y formarse para trabajar en la sociedad del conocimiento", Conferencia Internacional del Trabajo, 91ª reunión, Ginebra.
- PRATT, Mary Lousie (1999), "Repensar la modernidad", ponencia en el simposio El mundo en que vivimos: modernidad y ciudadanía a fin de siglo CIESAS Occidente/Iteso/USIS Guadalajara, Jalisco.
- PALAFOR RIVERA, Artemisa (1996), "Mediadores locales en el ejercicio del poder entre la comunidad y las instituciones. El caso de Nuevo Nahuapa, Jalisco", Tesis de licenciatura en Trabajo Social, Universidad de Guadalajara, México.
- PRIES, Ludger (1997), "Conceptos de trabajo, mercado de trabajo y proyectos biográfico-laborales", en María de la O, Enrique de la Garza y Javier Melgoza Los estudios sobre la cultura obrera en México, UAM/ Iztapalapa, CONACULTA, México.
- POCOCK, J. G. A. (2002) "El momento maquiavelano", en Maquiavelo, nuestro tiempo, *Rev. Metapolítica*, No. 23, México.
- REYGADAS ROBLES GIL, Luis Bernardo (1998), "Mercado y sociedad civil en la fábrica. Cultura del trabajo en maquiladoras de México y Guatemala", Tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas, UAM/I. México.

ROLDAN, Martha (1995), “Nuevos procesos de trabajo y jerarquías de género en los 90”, en Rosalía Todazo y Regina Rodríguez (Editoras), *El trabajo de las*

ROUGEMONT, Denis de (1993), “Amor y Occidente”, CONACULTA, México.

SALAMAN, Graeme (1979), “Work organisations. Resistance and control”. Longman, Londod.

SCOTT, Joan W. (1993), “La mujer trabajadora en el siglo XIX”, en Duby, Georges y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres en Occidente. El siglo XIX, cuerpo, trabajo y modernidad*. Taurus, Madrid.

TOESCA, Pietro (1998), “Tiempos modernos”, en Emilio J. García Wiedemann, *Los tiempos de la libertad*, Serbal, Barcelona.